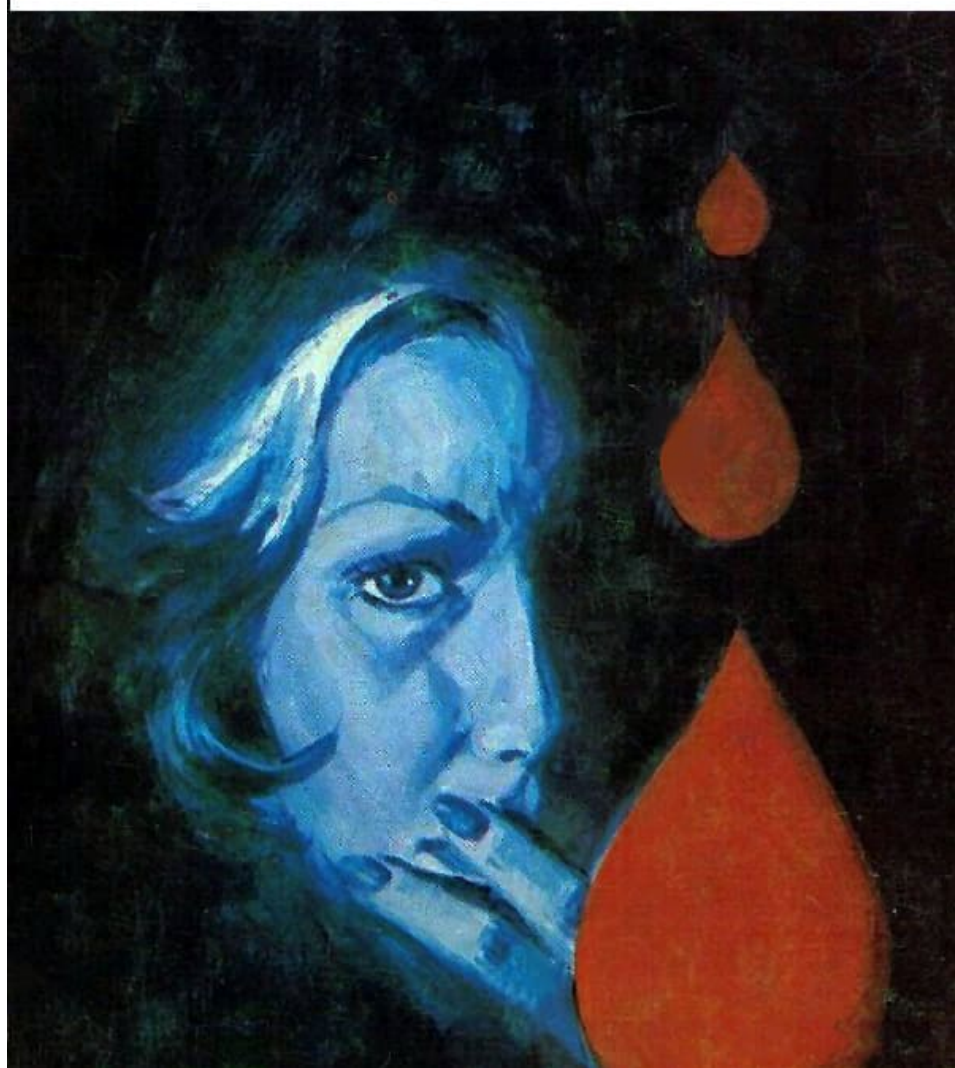


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

DULCE SABOR DE SANGRE

Burton Hare



McBain miró en torno con una mueca.

—Señor Havilland...

El anciano se volvió hacia él, apartándose de la mesa.

—¿Sí, teniente?

—Usted dice que el intruso estaba en las escaleras cuando lo descubrió. ¿Subía o bajaba?

—Supongo que se disponía a subir, sólo que hizo ruido y yo le oí desde aquí y salí. El vestíbulo apenas tenía luz, pero pude verle bien... era un hombre alto, de cara aplanada, si entiende lo que quiero decir...

—Aplanada —repitió McBain, desconcertado.

A un lado, Steve Gray tomaba notas en un arrugado cuaderno.



Burton Hare

Dulce sabor de sangre

Bolsilibros - Punto rojo - 1022

ePub r1.1

Lds 10.12.17

Título original: *Dulce sabor de sangre*

Burton Hare, 1981

Cubierta: Jorge Sempere

Colección PUNTO ROJO n.º 1022. Bruguera – 1981

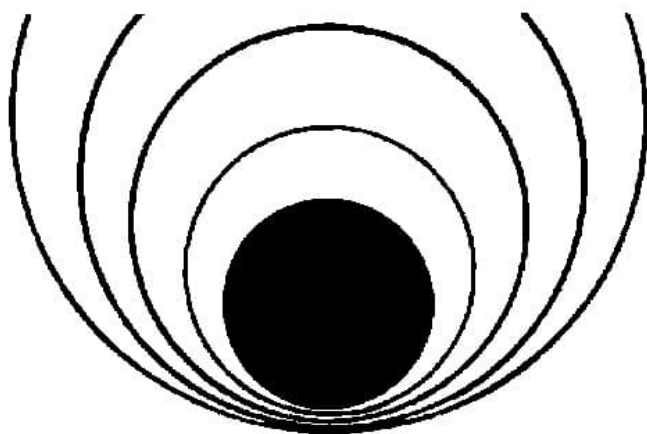
Colección PUNTO ROJO n.º 23. Ediciones B – 1991

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

McBain miró en torno con una mueca.

—Señor Havilland...

El anciano se volvió hacia él, apartándose de la mesa.

—¿Sí, teniente?

—Usted dice que el intruso estaba en las escaleras cuando lo descubrió. ¿Subía o bajaba?

—Supongo que se disponía a subir, sólo que hizo ruido y yo le oí desde aquí y salí. El vestíbulo apenas tenía luz, pero pude verle bien... era un hombre alto, de cara aplanada, si entiende lo que quiero decir...

—Aplanada —repitió McBain, desconcertado.

A un lado, Steve Gray tomaba notas en un arrugado cuaderno.

—Como la de un boxeador —añadió el millonario—. Eso es, como la de uno de esos viejos boxeadores que han peleado tantas veces que tienen las facciones aplastadas.

—Entiendo. ¿Fue entonces que le golpeó?

—Sí... ¡El maldito! Vino recto hacia mí. No me dio tiempo ni de gritar. ¿Comprende? Sólo me golpeó y perdí el conocimiento.

Señalaba un oscuro moretón en un lado de la cara. Para un hombre de su edad debía haberle dolido como el demonio, pensó el policía.

Steve Gray suspiró y guardó el cuaderno de notas como si aquello fuera todo.

—¿Nadie más que usted oyó nada?

La pregunta del teniente hizo sacudir la cabeza del anciano.

—No había nadie más. Los sirvientes duermen en la última planta, en la parte de atrás. El ama de llaves tiene su habitación cerca de la cocina. No se enteró de nada hasta que la llamé.

—¿Qué hay arriba? —Gruñó Steve Gray.

McBain le dirigió una mala mirada. El millonario replicó:

—Los dormitorios, cuartos de baño... un par de salas... No comprendo qué podía buscar ese hombre, si se disponía a subir. La caja fuerte está aquí, en esta biblioteca.

—¿No hay nada de valor en los dormitorios, o en las salas? Ya sabe, cuadros de firma, objetos de arte...

—Nada. Bueno, una caja de seguridad pequeña en el dormitorio de mi esposa. Suele guardar sus joyas de más uso. Poca cosa. Las de más valor están en mi arca acorazada.

Steve Gray miró en tomo, pero no vio la caja fuerte en ninguna parte, así que gruñó:

—¿Dónde está?

—¿Qué?

—Oh, eso...

El anciano se aproximó a la mesa. Tanteó bajo la superficie, y de pronto una parte de la librería giró sin un ruido.

Detrás apareció la sólida puerta de una caja acorazada tan alta como un hombre.

McBain silbó entre dientes. Gray enarcó las cejas.

La librería regresó a su lugar tan silenciosamente como antes se había movido.

Steve Gray encendió un cigarrillo. Su cara angulosa, inexpresiva, se volvió hacia el teniente. Dijo:

—Si el tipo subía, debía buscar la caja de arriba.

—Sí, pero es algo muy raro todo esto. ¿Dijo usted que la caja está en el dormitorio de su esposa?

—Ciertamente.

—Entonces, ese individuo debía saber que la encontraría allí. No es lógico. Esos fulanos...

—Mi esposa no está aquí, teniente.

—Ya veo.

—Salió de viaje hace dos días. No regresará hasta mañana. Tenía una convención en *San Diego*.

Steve indagó:

—¿Qué clase de convención?

McBain dio un respingo.

—Cierra el pico, eso no nos incumbe.

Gray se encogió de hombros. El anciano dijo:

—No importa... Ella, es miembro destacado de varias asociaciones femeninas. Organizaron una especie de congreso y ella tuvo que acudir.

—Está bien, señor Havilland, eso no tiene importancia para lo que estamos tratando. ¿Reconocería usted al asaltante si volviese a verlo?

—Con toda seguridad.

McBain iba a añadir algo cuando Steve volvió a la carga.

—¿Son de mucho valor las joyas que su esposa guarda en su caja personal?

—No... no creo. Veinte o treinta mil dólares tan sólo.

Steve enarcó las cejas.

—Tan sólo, ¿eh? —Gruñó—. Entonces, ¿qué valen las que se guardan en esa lata de sardinas que nos ha mostrado?

La mirada de McBain pareció querer atravesarle.

El anciano parpadeó:

—¿Lata de...? Oh, comprendo. Debe ser su manera de hablar... ¿*Slagse* llama eso? Bueno, globalmente deben estar valoradas hoy día en unos dos millones de dólares.

McBain olvidó a Steve y se estremeció.

Gray dijo entre dientes:

—Comprendería que el tipo hubiera... No importa.

—¿Quieres cerrar la boca? —bufó McBain—. Lo siento, señor Havilland, disculpe.

—No importa.

—Daremos un vistazo para averiguar por dónde entró el asaltante si no tiene inconveniente.

—Eso ya lo sé. Forzó una ventana... La del comedor. Yo la busqué mientras les esperaba.

—Ya..., eso facilita las cosas.

Siguieron al anciano hacia un comedor inmenso. La mesa parecía la cubierta de un acorazado, según la personal apreciación de Steve Gray.

McBain examinó la ventana abierta. Soltó un gruñido. El cristal había sido cortado limpiamente.

—Un profesional —rezongó—, y de los mejores en su especialidad. Echa un vistazo, Steve.

Gray obedeció. Cuando se apartó de la ventana gruñó:

—Demasiado bueno por un botín de veinte mil pavos.

—No comprendo nada —dijo el millonario.

—No hay muchos especialistas que...

Se interrumpió cuando la mujer apareció en la puerta. Era de mediana edad, rolliza y de cara sonrosada.

—Disculpe, señor. Es muy tarde... ¿Le apetece un poco de café?

—Gracias, Marjorie. Sí... Estos señores tomarán también. Sírvalo en la biblioteca.

El ama de llaves desapareció.

McBain gruñó:

—¿Ha mirado usted si la caja de su esposa está intacta?

—No, ¿para qué? El hombre iba a subir cuando yo le sorprendí.

Steve rezongó:

—Eso cree usted. Tal vez estuviera de vuelta. Si era un tipo tan bueno como parece no debió costarle demasiado abrir la caja. Y si su esposa está ausente nadie le estorbó.

McBain dijo:

—Subiremos a verlo, aunque sólo sea para descartar esta posibilidad. A propósito, señor Havilland. ¿No había nadie más en la casa excepto las sirvientas? Usted tiene hijos...

—Dos, Claire y Peter, pero están fuera... Siempre están fuera —rezongó de mal talante—. Sobre todo, por las noches. Nunca sé a qué hora regresan.

—Ya veo.

—Volvamos a la biblioteca. Tomaremos café.

Uno tras otro recorrieron todo el camino hasta la espaciosa estancia, cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros.

Casi al mismo tiempo, apareció el ama de llaves con el servicio de café.

Lo saborearon sin cambiar palabra. Steve Gray tenía el ceño fruncido y una mirada aguda en sus ojos pálidos.

Después, McBain indicó:

—¿Podemos subir ahora, señor Havilland?

—Por supuesto, aunque estoy seguro que ese hombre no pudo llevarse nada. Se disponía a subir cuando le sorprendí, no me cabe duda.

—Mejor que esté en lo cierto.

Arriba había un amplio pasillo y varias puertas cerradas. El millonario abrió una y encendió la luz del cuarto.

—Ésta es la habitación de Jeannie.

Entraron.

Era un dormitorio inmenso, lujoso y sofisticado. Steve pensó en la clase de mujer que lo ocupaba. Flotaba un leve perfume en el ambiente, algo etéreo e insinuante. Nada de todo aquello parecía encajar con una mujer de una edad más o menos parecida a la del viejo Havilland.

Fue éste quien dejó escapar una seca exclamación de estupor. Siguieron la dirección de su mirada y descubrieron la redonda y gruesa puerta de una pequeña caja acorazada, abierta en la pared, junto a un cuadro desplazado de su lugar.

McBain gruñó:

—Bueno, el tipo ya había hecho el trabajo cuando le descubrió, señor Havilland.

Echaron un vistazo al interior de la reducida arca. Estaba vacía.

El millonario barbotó:

—¡El maldito...!

—¿Estaban aseguradas las joyas?

—Por supuesto, todas lo están.

McBain examinó el acero gris de la puerta redonda, el dial numerado y la cerradura.

—Un experto —gruñó—. No hay ni un rasguño junto a la cerradura. ¿Sabe si su esposa guardaba algo más que sus joyas aquí?

—Bueno, tenía algún dinero para gastos imprevistos, aunque ignoro qué cantidad. Tampoco sé con exactitud qué joyas eran las que había ahí esta noche. Quizá Jeannie se llevó alguna en ese viaje. No podremos saberlo hasta que regrese.

—Llamaré a los peritos, para que traten de descubrir alguna huella, aunque no tengo muchas esperanzas. El hombre que ha abierto esta caja es uno de los mejores profesionales que he tropezado en mi vida. Sobre todo, contando con el poco tiempo que dispuso...

Regresaron al salón. En voz baja, Steve refunfuñó:

—Pregúntele por las sirvientas, Roger.

—Cállate.

—El tipo no vino aquí a ciegas.

—¿Quieres enseñarme mi trabajo? Cierra el pico.

En la biblioteca, McBain telefoneó a su oficina. Cuando colgó dijo, volviéndose:

—Aquí no disponemos de tantos medios como en la ciudad, señor Havilland, pero haremos cuanto podamos.

—Estoy seguro, teniente.

—Ahora me gustaría hacer unas preguntas a las sirvientas, señor.

—¿Por qué? Ni siquiera despertaron cuando ese hombre...

—Pura rutina, ya sabe.

—Bien...

Se encogió de hombros y pulsó el botón de un timbre.

El ama de llaves apareció en la puerta unos segundos después.

—Llame a Molly y Katherine, por favor. Que vengan aquí.

La mujer asintió y se fue.

Steve Gray empezó a curiosear en torno. Hubiera dado cualquier cosa por un buen trago. Se conformó con un cigarrillo, y acababa de encenderlo cuando el grito resonó, lejano, terrible, como el de alguien enfrentado a todos los horrores del infierno.

CAPÍTULO II

El anciano balbuceó:

—¿Qué... qué fue eso...?

Steve echó a correr hacia la escalera. McBain trotó tras él, más pesado, y tras unos segundos de indecisión el millonario les siguió.

Justo cuando desembocaban en el pasillo que ya conocían, hubo un nuevo alarido, esta vez de una voz más aguda. El aullido se repitió, lacerante, y luego se extinguió de golpe.

Gray se detuvo y volviéndose gritó:

—¿Por dónde se llega a los cuartos de las sirvientas?

Havilland resoplaba, sin aliento por la precipitada subida. Señaló al final del pasillo.

—Allí... hay unas escaleras... arriba...

Steve ya corría de nuevo, con McBain bufando tras él.

Subieron un estrecho tramo de escalones. Arriba había un pequeño rellano y un corto pasillo iluminado.

Se detuvieron en seco. Había los cuerpos de dos mujeres caídas en el pasillo, delante de una puerta abierta. Una era el ama de llaves, pero la otra era mucho más joven y sólo llevaba encima uno de esos camisones cortos y transparentes, a través del cual hubiera podido leerse el periódico.

Steve se detuvo allí, contemplándola con ojo crítico. Pensó que había mucho que ver, pero McBain le empujó con rudeza para poder llegar hasta las dos mujeres.

Le oyó soltar una exclamación de alivio.

—Sólo se han desmayado —suspiró—. Pero ¿por qué?

Steve se asomó en la puerta abierta. No pudo contener un quejido y se echó atrás trastabillando.

McBain le miró estupefacto.

—¿Qué te pasa ahora? Te has quedado pálido como un cadáver.
¿Qué hay ahí dentro?

Boqueando, Gray dijo:

—Echa un vistazo, pero no vomites encima de mis zapatos.

Con un juramento, el policía se plantó en el umbral de la puerta.

Por el final del pasillo asomó el anciano. Resoplaba angustiosamente y apenas podía respirar. Hubo de apoyarse en la pared.

Entonces McBain recobró la voz y jadeó:

—¡Cristo!

Se echó atrás sintiendo que se le aflojaban las piernas.

Gray masculló:

—Te advertí.

—Es... es una salvajada increíble.

Tras ellos, el millonario balbuceó:

—¿Qué ocurre? Esas mujeres...

—¡Párese ahí! —aulló el teniente—. Con dos que se hayan desmayado ya es suficiente.

—Pero ¿por qué, qué sucede?

—Hay una chica muerta ahí dentro. Asesinada.

—¡Oh, no...!

—Es mejor que vuelva a la biblioteca, señor. Hablaremos allí más tarde. Aquí no puede usted hacer nada.

—Pero... pero...

Calló. Dio media vuelta y se fue por donde había venido, con pasos tan vacilantes que a Steve no le hubiera sorprendido oírlo rodar escaleras abajo.

McBain gruñó:

—Ayúdame a sacar estas mujeres de aquí. Esa puerta del otro lado debe ser la habitación de esa chica del mosquitero... ¿No me oyes? ¡Échame una mano, maldita sea!

Steve enseñó los dientes en una fea mueca.

—Estaba pensando en el carnicero que hizo esta porquería, Roger. Pensaba que me gustaría tenerlo un rato en mis manos... aunque sólo fueran cinco minutos. ¡Nada más cinco minutos! —terminó, rechinando los dientes.

—Eso nos llevará muy lejos.

Entre los dos trasladaron a las mujeres al otro dormitorio. El

ama de llaves empezó a rebullir. McBain iba a decir algo y entonces descubrió que Gray no estaba a su lado.

—¡Maldita sea, Steve!

Saltó hacia el pasillo. Gray estaba en el umbral del dormitorio, y de alguna parte había sacado una diminuta cámara fotográfica y la estaba empleando a fondo cuando el policía se la arrebató de un zarpazo.

—¡Debí estar loco cuando accedí a traerte conmigo!

—Ten cuidado con este juguete. Me costó un puñado de dólares.

—¡Debería hacerte tragar la maldita cámara! ¿Qué infiernos te has propuesto?

—Bueno, soy reportero. ¿Lo olvidaste?

—¡Yo sé lo que eres!

Gray tendió la mano. Tras una vacilación, McBain le devolvió la cámara y refunfuñó:

—Publica una sola línea, una sola fotografía sin mi autorización y te haré pedazos.

—Tómalo con calma.

Con un bufido, McBain pasó por su lado y entró en aquel escenario de pesadilla.

Había sangre por todas partes, y lo que quedaba de una mujer atravesada en la cama. Tal como estaba, más parecía desparramada por todo el lecho, pero quien fuera que había manejado el cuchillo no cabía duda que lo hizo empujado por todo el satánico furor del infierno.

McBain sintió que el estómago le golpeaba en la garganta, pero se obligó a sí mismo a examinar lo que tenía delante.

Tras él, Steve comentó con voz ronca:

—Todo está en perfecto orden... El tipo no ha tocado absolutamente nada del dormitorio.

—Excepto a la chica.

—Bueno, hizo algo más que tocarla digo yo.

Oyeron las voces histéricas de las otras mujeres. McBain retrocedió hacia la puerta.

—Mejor será que las calmes antes que alboroten... Vete abajo y ocúpate de Havilland. Debe estar histérico. Y no metas la pata si es posible... él no sospecha que eres periodista. No sé ni cómo accedí a dejarte venir.

—Porque estaba contigo cuando se recibió la llamada del viejo, y porque pensaste que sólo se trataba de un intento de robo.

McBain salió, rezongando.

Steve aún dio otro vistazo en torno. Más que nunca suspiró por un buen trago.

Acabó abandonando también la habitación y fue a reunirse con el anciano.

Lo encontró hundido en una butaca. Estaba lívido y sus manos temblaban.

—¿Cuál de las dos...? —balbuceó.

—No sé. Era rubia.

—Katherine. Estaba al servicio de mi esposa... ¡Dios mío, es una pesadilla!

—No lo sabe usted bien.

—¿Qué?

—Quiero decir que, por lo menos, usted no la ha visto.

—Estoy aturdido... no comprendo... ¡Condenación! Si ese maldito ya había robado la caja. ¿Por qué tuvo que matar a la pobre chica?

—Eso no lo hizo el ladrón, señor.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro?

—Porque un especialista de esta clase no mata. Nunca. Antes renuncia a dar su golpe si se ve ante el dilema de tener que emplear la violencia. En su medio es un artista, señor Havilland.

—¿Artista? Usted está loco...

Gray se encogió de hombros y encendió otro cigarrillo.

—Dígame una cosa... ¿Conocía usted bien a esa joven?

—¿A Katherine? No... bueno, como a las otras que han trabajado en la casa. Apenas sabía nada de ella, a pesar de que era una de las que más tiempo había permanecido con nosotros.

—¿Quiere decir que las otras aguantaban menos?

El anciano levantó la cabeza. Por un instante, Steve pensó que Havilland iba a replicarle de mala manera a juzgar por su expresión.

Pero al fin sólo masculló:

—Nunca me ocupo del servicio. Eso es cosa de Marjorie y de mi esposa.

—Claro, lo comprendo. Pero quienquiera que la ha matado

debía odiarla como al demonio.

De pronto oyeron el motor de un coche. Instantes después, dos policías de uniforme y dos jóvenes vestidos de paisano hicieron su entrada. Uno de ellos cargaba con una cámara fotográfica de gran tamaño y un trípode. El otro llevaba un maletín negro.

Steve cerró la puerta principal y señalando las escaleras anunció:

—McBain les llamó por una ventana rota y una caja...

Ahora va a necesitarles para algo más. Suban arriba. Al final del pasillo hay otras escaleras. Lo encontrarán allí.

El fotógrafo comentó:

—¿Qué le pasa, Gray? Tiene la cara gris.

—No me sorprendería que la tuviera de color verde. Suban y verán...

Se fueron todas escaleras arriba.

El anciano se había cubierto la cara con las manos y parecía ausente, hundido en una suerte de estupor que le impidiera hasta respirar.

Steve le dio un vistazo y acabó saliendo de la biblioteca. Más que nunca suspiraba por un buen trago...

CAPÍTULO III

El reportero fumaba con expresión abatida, sentado en los anchos escalones de la entrada. Ante él se extendía el magnífico jardín que rodeaba la residencia del millonario.

Así vio llegar al pequeño y estilizado coche deportivo rojo, que freno con un chirrido de neumáticos, una muchacha se apeó de él. Vestía un escotado conjunto de noche y sobre sus hombros desnudos flotaba un chal blanco semejante a un girón de niebla.

La recién llegada dio un asombrado vistazo a los coches parados en la explanada, y luego se encaró con Steve.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó con voz seca—. ¿Y quién es usted?

—Soy Steve Gray.

—¿Y qué? Ese auto de ahí es de la policía.

—Y el del lado también, aunque no lleve distintivos.

—Pero, bueno, ¿quiere decirme de una maldita vez qué ha pasado?

—Hubo un robo.

—Caray, creí que se trataba de algo importante. Usted debe ser uno de los polizontes, pero no parece que esté ganándose el sueldo precisamente. ¿Dónde está papá?

—¿Qué papá?

—¿Se burla de mí? ¡Soy Claire Havilland!

—Ya... El señor Havilland estaba en la biblioteca hace un rato. Ella bufó, colérica.

—Es usted un palurdo... ni siquiera se ha levantado.

Él la observó con las cejas enarcadas.

—¿Quiere que me ponga firme y salude militarmente? No sea ridícula.

Ella pasó por su lado resoplando de ira.

Antes que entrara en la casa, Steve dijo suavemente:

—También han asesinado a una chica, por si le interesa saberlo. La muchacha se detuvo en seco, volviéndose.

—¿Qué ha dicho?

—Ya lo oyó.

—¿A quién...? ¡Eh, no sería Jeannie! Porque ella estaba de viaje... ¿O es ella?

—¿Quién es Jeannie?

—La mujer de mi padre.

—¿Le gustaría que fuera a ella a quien han descuartizado?

Claire Havilland rechinó los dientes.

—Quisiera que fuera usted —barbotó.

Entró en la casa como un rayo. Steve siguió fumando, cada vez más perplejo.

Minutos después, McBain salió. Estaba lívido y tras encender un cigarrillo fue a sentarse a su lado y comentó:

—Hay una ambulancia en camino.

—De mucho va a servirle a esa pobre chica.

—No tiene pies ni cabeza todo este lío. No puedo creer que el revienta cajas haya hecho eso...

—Y no lo hizo, estoy seguro. El tipo es un artista tan bueno que daría cualquier cosa por conocerle. El otro... es un degenerado, un sádico obseso y tan loco como un chivo.

—Entonces, ¿por qué piensas que se la ha cargado?

—Maldito si lo sé. La odiaba. O le dio por ahí. Pero debía conocer muy bien la casa para meterse directamente en el dormitorio de la muchacha. La sorprendió y le llenó la boca de trapos antes de sellársela con una tira de cinta adhesiva. Luego hizo esa porquería.

—También el ladrón sabía el terreno que pisaba.

Steve ladeó la cabeza, mirándole con el ceño fruncido.

—Alguien debió darle un soplo. Y un croquis de las habitaciones, con indicaciones del tipo de caja y todo eso. ¿La chica quizá?

McBain se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe.

—Otra cosa, viejo. ¿Por dónde entró el asesino? No sería por la misma ventana que el ladrón, ¿eh?

—No hay ninguna otra violentada ni abierta. Acabo de comprobarlo mientras tú tomabas el fresco aquí fuera.

—Entonces entró por la puerta —sentenció Steve.

—Y con una llave, ¿eh? No seas idiota.

—O quizá la chica le facilitó la entrada. Una cita, ya sabes... sólo que ella ignoraba que el tipo fuera una mala bestia sanguinaria y lo pagó con el pellejo.

—Hablas muy bien —se mofó el policía, fastidiado—. Todo esto es perder el tiempo. Hemos de encontrar al ladrón, y pronto.

—¿Y el asesino?

—Quizá una cosa nos lleve a la otra.

Steve lo dejó correr. Encendió otro cigarrillo. Luego comentó:

—No tenemos esa clase de especialistas en nuestra pequeña comunidad, Roger.

—¿Qué?

—El revienta cajas. Debe haber venido de la ciudad.

—Ya...

—¿Viste a la princesa?

—¿Qué princesa?

—La hija del viejo.

—Oh, seguro. Todo un carácter... casi me apartó a empujones cuando quise cerrarle el paso. Quería ver el espectáculo.

—¿Y qué?

—La dejé que lo viera. Ni siquiera dio un grito. Cayó al suelo y hasta ahora. Se lo ganó.

Steve ahogó una risita.

Antes que pudiera replicar, otro coche llegó zumbando, a tanta velocidad que por un instante pareció como si fuera a encaramarse por los escalones y entrar en la casa.

McBain gruñó:

—Otro chalado...

El hombre que se apeó del brillante Cadillac descapotable se quedó mirándoles. Se balanceaba sobre sus piernas y no parecía muy seguro de poder subir los escalones.

—Bueno —barbotó—. Que alguien diga algo... ¿Qué pasa aquí?

McBain se levantó.

—¿Quién diablos es usted? —quiso saber, fastidiado.

—Randolph Havilland.

Steve dijo:

—El vástago.

—¿Qué?

—Me pregunto cómo ha podido llegar hasta aquí sin estrellarse.

Está como una cuba.

El borracho le miró echando chispas.

—Oiga, polizonte...

Steve señaló a McBain:

—Él es el polizonte.

—¡Voy a...!

Se tambaleó y necesitó algunos esfuerzos para equilibrarse de nuevo.

McBain le espetó:

—Han robado la caja de la señora Havilland. Además, han asesinado a una de las sirvientas.

—¿De veras?

Sus ojos turbios fueron de uno al otro.

Steve gruñó:

—Eso no tiene mucha importancia para él, teniente... La chica sólo era una sirvienta.

—¡Cierra la boca!

—¿Cuál... a cuál de ellas...? —balbuceó el joven.

—Katherine. La rubia.

—Vaya... lástima...

Trastabilló hacia la puerta y desapareció de su vista.

McBain bufó:

—¡Valiente gentuza!

—Voy a largarme. No tengo nada que hacer aquí.

—¡Espera un minuto! No se te ocurra publicar una sarta de truculencias sobre el caso, Steve. Los Havilland son alguien aquí. Pueden cerrar tu maldito periódico si se lo proponen.

—Lo recordaré. De cualquier modo voy a esperar a tener un poco de más material antes de publicar nada... ¿Sabes una cosa? Tengo la corazonada de que ésta va a ser la oportunidad de mi vida de reportero...

—Quizá sea la oportunidad de quedarte sin trabajo. Piensa en eso también.

El periodista se alejó, pensativo, y el teniente quedó allí

preguntándose si el trabajo que realmente estaba en el alero no sería el suyo precisamente...

CAPÍTULO IV

Eran las cuatro de la madrugada. Steve Gray dormitaba hundido en una butaca. A su lado había una botella casi vacía, un vaso y un cenicero lleno de cigarrillos a medio quemar.

Una débil luz brillaba en un rincón sumiendo la estancia en una suave penumbra en la que flotaba una espesa niebla de humo de tabaco.

Gray despertó con un leve sobresalto. Miró el reloj y soltó un gruñido, levantándose.

Abrió la ventana y hasta él llegó el rumor del mar estaba contemplando con melancolía la blanca espuma de las olas que morían en la arena, allá abajo, cuando sonó el teléfono a sus espaldas.

Corrió a descolgarlo y una voz ladró en el auricular.

—¿Gray?

—Al habla.

—Hacerme trabajar a estas horas te costará por lo menos una botella de Ray.

—Serán dos, si realmente has conseguido algo.

—No sé si te servirá. Pero que sean conocidos aquí, en Los Ángeles, no hay más que dos o tres especialistas tan buenos como el que me has descrito.

—Dame sus nombres.

—Artie Gimp. Lo trincaron hace un par de años por violentar la caja de una compañía de transportes. Escapó de la policía cuando lo llevaban al tribunal y se esfumó. Nunca más se ha sabido de él.

—Otro.

—Chips Donner. Debe tener ahora cincuenta años. Se dice que ha abierto más arcas acorazadas que el cajero de un Banco. Sólo le

detuvieron una vez.

—¿Se sabe dónde anda ahora?

—No.

—Bueno, continúa.

—Danny Temple. Cuarenta años y todo un especialista. Lo que él no sepa de cajas de caudales es porque aún no se ha inventado. Tampoco he podido averiguar su paradero, pero hace apenas dos horas que me llamaste.

—Bueno, sigue buscando con calma. De momento eso es suficiente. Si cualquiera de ellos se ha trasladado a Garden Bay City lo averiguaré yo. Trata de conseguir fotografías y mándamelas por correo cuanto antes.

—Muy bien. Oye, ¿qué es lo que pasa en ese pueblo, han reventado las arcas del Banco local o qué?

—Lo leerás en mi periódico un día de éstos —rió Steve.

Colgó y echó un vistazo a las notas que había tomado.

Volvió a mirar el reloj. Sacudió la cabeza, tomó la botella y le dio un largo tiento. Tras esto empezó a desnudarse y se acostó. Incluso dormido siguió pensando en todo aquel asunto.

* * *

Le despertó el sonido agudo del timbre de la puerta. Dio una vuelta, gruñó y acabó tapándose la cabeza con las sábanas.

La ventana abierta dejaba entrar el aire tibio del mar, y la luz clara del sol que se levantaba apenas.

El timbre insistió, una y otra vez.

Maldiciendo, Steve saltó de la cama. Vio que estaba desnudo y se envolvió en una bata de baño. Tras esto se dirigió a la puerta deseando fervientemente aplastarle las narices al inoportuno visitante.

La abrió. Ya no deseó aplastarle la nariz.

Era una muchacha adorable, llena de vida y de curvas que ni siquiera la holgada bata que llevaba podía disimular.

—Tú tenías que ser —refunfuñó.

—Soy tu vecina de enfrente. ¿O ya me olvidaste?

—Ojalá...

—¿Qué pasa, necesito una excusa para llamar a tu puerta?

Puedo pedirte un tazón de azúcar o algo así.

Se coló dentro y él cerró la puerta. La hermosa muchacha le examinó con ojos críticos.

—Bueno, ¿cómo estás? Tienes una cara que asusta.

—Lo que tengo es un sueño que no veo. ¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana.

Él soltó un quejido.

—Me acosté a las cinco —masculló.

—¿Por qué no me llamaste? Habríamos pasado la velada juntos.

Estuve despierta hasta tarde, leyendo.

—Tuve trabajo.

Se fue dando tumbos hasta la cama y derrumbándose sobre ella masculló:

—Podrías preparar café, ya que estás aquí.

—¿Por qué no? Yo tampoco he desayunado.

Desapareció hacia la cocina. Cuando regresó él se había dormido otra vez, despatarrado sobre la cama.

La chica suspiró. Dejó las tazas y la cafetera sobre la mesita y sacudiéndole exclamó:

—¡Eh, vecino! ¿Me oyes? Tienes el café al alcance de la mano...

—Debería retorcerte el cuello...

Se incorporó sobre un codo y tragó dos tazas de café negro casi sin respirar. Ella bebió el suyo con calma, observándole intrigada.

—Hay una botella vacía ahí al lado —dijo de pronto.

—¿Y qué te sugiere eso?

—Te emborrachaste otra vez.

—No del todo. Estuve pensando.

—¿Necesitas lubricar el cerebro con alcohol para pensar?

—No me sermonees. Todavía no estás casada conmigo para eso.

—¿Casada? —exclamó la muchacha, acusadoramente—. ¿Me lo propusiste alguna vez?

—No lo recuerdo, pero si lo hice debía estar borracho, así que no era responsable de mis actos. ¿Estás segura que son las ocho de la mañana?

—Poco más o menos.

Él miró en torno hasta localizar un paquete de cigarrillos. Encendió uno y ella se lo quitó de los labios.

Prendió fuego a otro y aspiró el humo antes de gruñir:

—Me encuentras en baja forma, nena. Y tengo un trabajo del demonio, de lo contrario tú y yo haríamos algo esta mañana.

—Yo estoy en estupenda forma. Y no tengo ningún trabajo esta mañana, así que no busques excusas. ¿Para qué crees que te he sacado de la cama?

—Para volver a meternos en ella, ¿eh?

—Ésa es la idea general. Apuesto que vas desnudo debajo de ese batín.

—Premio.

—Yo también.

Soltó el cinturón, hizo un suave movimiento con los hombros y la bata se deslizó hacia abajo despacio, como resistiéndose a abandonar el dulce contacto con el cuerpo soberbio que encerraba.

Él suspiró, recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

Siempre se asombraba de la perfección de sus caderas, de la soberbia belleza de sus pechos menudos y duros, de la estilizada línea de sus piernas y muslos. Cada vez que la veía desnuda era como si fuera la primera.

—No deberías hacer eso —se quejó—. Sabes que nunca puedo resistirlo. ¿O es una especie de trauma? O un complejo de desnudismo o algo así, no puede ser de otra manera...

—Hablas demasiado y no haces nada —le acusó.

—Voy a tener que cambiar de apartamento.

Tendió las manos y apresó la delgada cintura de ella, atrayendo a la muchacha hacia él.

Sus bocas se enzarzaron en un súbito combate. Abrazados, cayeron sobre la cama y ella suspiró:

—Lo creas o no, te echaba de menos...

Steve la obligó a callar por el expeditivo procedimiento de apresarle de nuevo los labios. Luego, la besó en el cuello, con besos breves y que ardían como llamas sobre la tersa piel.

La muchacha suspiró llena de delicias. Luego lanzó un grito de éxtasis cuando aquellos besos como fuego líquido juguetearon en las cumbres de los senos, en los rojos pezones.

Todo pareció diluirse en una niebla que borraba el mundo reduciéndolo al ámbito de sus sentidos. No había nada más que eso: los sentidos, el placer, el amor y el éxtasis.

CAPÍTULO V

Steve Gray llenó un vaso y se entretuvo vaciándolo a pequeños sorbos, plantado delante del ventanal abierto y dejando vagar la mirada por el mar, quieto, cegador bajo un sol inclemente.

Desde la cama, Cissy le contemplaba con el ceño fruncido. Incorporándose sobre un codo, dijo:

—¿No es muy temprano para que empieces con el *whisky*?

Él se encogió de hombros.

—Cualquier hora es buena para eso.

—¿De veras necesitas el alcohol hasta ese extremo?

Gray se volvió poco a poco.

—¿A qué viene eso?

—Maldito si lo sé. Pero nadie bebe de ese modo a menos que se haya propuesto reventar.

—Tú y tus sermones...

—No son sermones. Sólo que me gustaría saber qué te indujo a beber en cantidades industriales, eso es todo.

Él hizo una mueca.

—Ahora debería decirte que es para olvidar, y luego añadir que he olvidado lo que quería olvidar. Es un chiste viejo y apolillado. Sólo que yo no lo olvidé.

—¿Qué no olvidaste? Nunca quisiste hablarme de eso.

—Ni quiero hacerlo ahora. Voy a vestirme...

Cissy suspiró.

—Algún día confiarás en mí lo bastante como para contármelo —dijo—. Esperaré.

Él no replicó y la muchacha volvió a tenderse de espaldas con la mirada perdida en el techo.

De pronto, Cissy murmuró:

—Fue una mujer.

Él dio un respingo.

—¿Qué?

—La razón para que empezases a beber como un cosaco.

—¡Al diablo contigo!

—¿Sí o no?

Él resopló, disgustado. Atrapó la chaqueta y dijo, encaminándose a la puerta:

—Averígualo.

Cerró de un portazo.

Quince minutos después entraba en el cuchitril encristalado que era su oficina, en la redacción del periódico local de Garden Bay City.

El viejo Meyer, director, propietario, jefe de redacción y cajista de la vieja escuela como él mismo gustaba de calificarse, apareció echando chispas.

—¿Trajiste el artículo? —tronó tan pronto se dejó caer sentado en la desvencijada silla.

—¿Qué artículo?

—¡Eres grande! Un asesinato sádico y sangriento. El robo de una caja fuerte, y todo eso en casa de los Havilland, y ni siquiera te molestaste en informarme. He debido enterarme por los polizontes... ¿Quieres decirme para qué infiernos te pago un sueldo?

—Mire, no me chille. Tengo la cabeza a punto de estallar esta mañana. ¿Qué quiere, una gacetilla de mala muerte? Hasta ahora...

—¡Hasta ahora la noticia habrá llegado a Los Ángeles! Vendrán corresponsales de los más importantes periódicos del país, y nosotros estaremos aquí, rascándonos las narices, sin haber publicado siquiera la noticia escueta.

—Si quiere publicar sólo la noticia de los hechos no me necesita a mí para redactarla. Cuando yo escriba sobre este asunto, lo haré a fondo. Quiero conseguir algo tan sensacional que hasta de Nueva York nos supliquen que les cedamos los derechos.

Meyer se llevó las manos a la cabeza.

—¡Estás borracho, y ni siquiera es mediodía!

Steve ni se inmutó.

—Hay algo muy raro en todo esto —murmuró—. Algo tan raro

que aparentemente ni tiene pies ni cabeza. Piénselo un poco, y luego déjeme trabajar en paz.

—¿Qué he de pensar?

—Pero, hombre, si hasta un ciego... Está bien, se lo diré. ¿Le parece lógico lo sucedido? En la misma noche, casi a la misma hora, un ladrón desvalija la caja fuerte del dormitorio de la señora Havilland. No se trata de un revienta cajas cualquiera. El tipo es un artista. Y en el piso de encima, en el ala destinada al servicio, un asesino degenerado, sádico, con los sesos podridos, viola y descuartiza a una sirvienta. Y todo ello sin que nadie se entere de nada. Nadie oye nada, excepto el viejo que sorprendió al ladrón cuando se largaba. Dígame, ¿no le parece que eso encierra material para escribir algo más que una gacetilla?

—Los dos trabajos pudo hacerlos el mismo tipo.

—No diga tonterías. El carnicero que despedazó a la sirvienta debió acabar con sangre hasta en las cejas. Sin embargo, el ladrón que el viejo sorprendió no mostraba ninguna huella, ni siquiera una mancha en las ropas. Y lo vio de cerca. Tan cerca, que recibió un puñetazo que le mandó a dormir por un buen rato.

—Ya veo...

—Por otra parte, «sólo violentaron una ventana». Otra obra de un profesional, de modo que sin duda por ella entró el ladrón, pero no el asesino. Entonces, ¿por dónde entró éste? Y, lo más importante, ¿por dónde salió?

El viejo Meyer se quedó boquiabierto, mirándole estupefacto.

—¿Estás seguro de todo esto, Steve?

—¡Claro que estoy seguro! Y ahora, haga algo por mi y ganaremos tiempo. Diga a alguien que haga una relación de los hoteles abiertos en la ciudad. Estamos en temporada baja y muchos de ellos están cerrados. Hoteles de lujo, de primera categoría y hasta fonduchos de mala muerte. Y que no olvide los moteles de carretera.

—Está bien, quizá estés en lo cierto y eso sea una gran oportunidad para el periódico... Te mandaré esa relación esta misma mañana.

El viejo Meyer se fue disparado.

Steve se echó atrás en el sillón, tanteó la gaveta de un archivador y sacó una botella aplanada. Bebió directamente de ella

y suspiró.

Pensaba en Cissy y su curiosidad. En sus preguntas sobre un pasado que el tiempo no lograba enterrar en su mente. Volvió a beber y descolgando el teléfono llamó al teniente McBain.

—¿Tienes algo nuevo? —le espetó.

—Apenas nada. Sólo que la chica muerta tenía un día libre a la semana. Ese día desaparecía y nadie pudo saber nunca a dónde iba. No le gustaba hablar de sí misma ni de sus amigos.

—¿Y qué hay de raro en eso? A mí tampoco me gusta que la gente meta sus narices en mi vida privada.

—Con tu trabajo, eso no deja de ser chocante... Las demás sirvientas tenían libre el sábado por la tarde y todo el domingo.

—¿Y qué?

—Ella pidió su día de fiesta en viernes. Renunció a medio día libre cada semana. Sólo quería el viernes.

—Ahora has dicho algo, Mac.

—Además, estuvo casada alguna vez. Encontramos una alianza de matrimonio cuidadosamente guardada entre sus cosas. No la llevaba puesta. Nunca la llevó mientras estuvo trabajando en casa de los Havilland.

—Quizá aún seguía casada. Hay ricachones de esos que no admiten sirvientas casadas y pudo mantenerlo en secreto para conseguir ese trabajo.

—Ya lo pensé y tengo un par de hombres averiguándolo. ¿Eso es todo lo que querías saber?

—Si es todo lo que has logrado hasta ahora, sí.

—¿Quieres que, además, escriba también tus artículos?

McBain colgó y Steve se echó atrás en el sillón, pensativo.

Diez minutos después, el viejo Meyer apareció con una relación de hoteles abiertos.

—Ahí tienes —gruñó—. ¿Qué esperas encontrar en todos esos establecimientos?

—Se lo diré cuando lo encuentre.

Volvió a atrapar la chaqueta de un zarpazo y salió zumbando. Meyer se quedó gruñendo un buen rato, pero ya nadie le oyó.

Steve se metió en su coche y empezó la búsqueda.

No tenía excesivas esperanzas en el éxito, pero era lo único que podía hacer y lo hizo a conciencia.

Era cierto que muchos de los establecimientos hoteleros estaban cerrados por hallarse en la temporada baja. Pero quedaban un numeroso grupo que seguían funcionando con personal reducido.

Los de primera categoría y los de lujo resultaron un fracaso. No halló ni rastro de lo que buscaba. Además, estaban bastante concurridos y la cosa, allí, era más difícil.

Los más modestos ofrecieron mejores perspectivas, pero tampoco consiguió nada.

Se dedicó a los moteles, en las carreteras que convergían en la ciudad.

En el tercero donde paró, la suerte le dio la cara. Lo había encontrado.

CAPÍTULO VI

El encargado explicó:

—En plena temporada no le diré que alguna vez las cosas se hagan a la ligera, con todo el ir y venir de gente, pero ahora no. Ya estamos escarmentados. Si no hay documentos no hay alojamiento.

—Y ese individuo lo presentó...

—Naturalmente. Cabaña número once. Oiga, Gray, ¿de qué se trata?

—No estoy seguro aún. ¿Ha recibido visitas desde que está aquí?

—¿Quiere decir alguna fulana? No, ninguna.

—¿Y hombres?

—Tampoco, que yo sepa, aunque cualquiera puede haberlo visitado sin pasar por aquí, si sabía en qué cabaña estaba.

—Claro. Iré a hablar con él.

Dio un último vistazo a la ficha que aún estaba sobre el mostrador. Constan en ella la matrícula de un coche, un número de identidad y el nombre: Daniel Temple.

Danny Temple. No podía ser una casualidad.

Salió de la administración y caminó bajo el sol hacia la cabaña número once. Pasó cerca de una gran piscina. No había más de cinco o seis personas en ella, como perdidas en aquella inmensidad.

Más allá estaban los árboles, los senderos de gravilla, algunos arriates de flores y las cabañas.

Llamó a la que tenía el número once a un lado de la puerta.

No obtuvo respuesta.

Steve encendió un cigarrillo. Cansinamente, dio vuelta a la construcción de madera. En la parte posterior vio un Mercury casi nuevo con matrícula de Los Ángeles, bajo un cobertizo que servía de garaje.

Junto al cobertizo había otra puerta protegida por una mosquitera. Abrió ésta y probó el tirador. La puerta giró hacia adentro y él vio una espaciosa cocina, con una mesa para desayuno, tres sillas, un frigorífico y una lavadora de platos automática.

Nadie la había utilizado, porque había una pila de platos en el pequeño fregadero, sucios y oliendo mal. También vio algunos vasos en las mismas condiciones.

Abandonó la cocina y se internó en la cabaña.

Casi tropezó con el cuerpo al llegar al dormitorio.

Estaba caído en el suelo, despatarrado, y con la cabeza casi separada del tronco por una salvaje cuchillada. La sangre se había extendido en torno a él, empapando las tablas de madera.

Respiró hondo tratando de calmarse. Sentía los nervios tirantes como cables y un leve temblor en las rodillas.

Retrocedió sin tocar nada, aunque todo estaba revuelto. Debían haber registrado el dormitorio.

Encontró una botella de *whisky* de importación en un estante. Olió el licor y después se llevó el gollete a los labios.

Estuvo bebiendo hasta que casi le faltó el aliento. Dejó la botella sobre la mesa y descolgando el teléfono llamó al teniente McBain.

La voz del policía no era precisamente amable cuando respondió. Él dijo:

—Habla Steve, Mac.

—¿Otra vez? No hemos adelantado un paso todavía, así que déjame en paz.

—Yo sí adelanté.

—Felicidades.

—Encontré otro tieso.

—¿Encontraste qué?

—Un fiambre. Un muerto. Un tipo con el cuello cortado, llámalo como quieras.

Sonó una suerte de bramido a través del auricular. Luego McBain rugió:

—¡Maldita sea! Ya estás borracho a estas horas.

—Sólo empiezo... hay un *whisky* excelente aquí. Pero también hay un cadáver, así que muévete. El *whisky* es cosa mía, pero el tieso es todo tuyo.

—¡Steve, maldita sea...!

—Las Lomitas, ese motel de la playa, ya sabes. Cabaña once.

Colgó, para poder regresar a la botella. O a su contenido, que descendió vertiginosamente, de modo que cuando McBain llegó echando chispas apenas quedaba más allá de un trago.

El teniente miró en torno. No vio sangre ni nada semejante y graznó:

—¿Dónde tienes el fiambre, dentro de esa botella?

—Ahí atrás. No te gustará.

A McBain no debió gustarle a juzgar por lo aprisa que regresó al lado del reportero.

—¿Quién es? —exigió.

—Se inscribió con el nombre de Daniel Temple. No pudo utilizar uno falso porque exigen la documentación ahora, ya lo sabes.

—¿Y qué con eso? El nombre no me aclara nada.

—Si realmente es Danny Temple, Mac, tienes ahí desparrado al artista que vació la caja fuerte de los Havilland.

McBain casi se cayó de espaldas.

Steve tenía otra vez la botella atornillada a la boca y su nuez de Adán subía y bajaba glotonamente.

Con un rugido, el policía le arrebató la botella brutalmente.

—¡Maldita sea tu estampa! —gritó—. Deja de emborracharte y trata de hablar con sentido común. ¿Cómo sabes que ése es el tipo?

—Te lo contaré después. Ahora, lo importante sería que pudieras hallar una razón válida para explicar por qué ese fulano se quedó aquí, si ya había hecho el trabajo. Tenía en su poder un buen puñado de joyas, además de algún dinero que también había en la caja. ¿Por qué no se largó a escape? Su residencia estaba en Los Ángeles. Cualquiera pensaría que se habría dado maña para poner tierra de por medio cuando tuvo en sus manos el botín.

—Todo eso, suponiendo que sea realmente quien vació la caja...

—De eso estoy seguro. Y devuélvame esa botella, viejo. No todos los días encuentra uno estas gangas.

—Estoy tentado de estrellártela en la cabeza. A veces me asombra que puedas elaborar una sola idea con el cerebro flotando en alcohol.

—¿Qué voy a hacer si no bebo? No hay otra cosa en este podrido mundo que valga la pena.

McBain resopló, desbordado por su creciente ira.

—Me importa un cuerno que sigas embruteciéndote por una cosa que hasta tú mismo olvidaste ya. Pero quiero saber todo lo concerniente al cliente que tengo ahí atrás, así que suéltalo.

—Ahí le duele, que no olvidé ni poco ni mucho... Oh, bueno, te lo diré.

Le habló de su llamada a Los Ángeles, de los nombres y todo lo demás.

—¿Entiendes? Mi corresponsal en Los Ángeles me dio tres nombres, y uno de ellos era ése, Danny Temple.

—Ya veo...

—Vimos el trabajo que hizo, el modo como entró. Era un artista que nunca se habría metido en una casa como aquella sin averiguar antes todos los detalles. Ya sabes... gente que había dentro, disposición de las habitaciones, las costumbres de sus habitantes y horas en que acostumbraban entrar y salir. Y por si fuera poco, eligió la caja del dormitorio de la dueña de la casa. Y justamente cuando ella estaba ausente. ¿Por qué no eligió la caja grande, Mac? El riesgo era el mismo, en cambio allí había una auténtica fortuna...

—Tal vez ni siquiera sabía que existiera esa arca grande. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Ni más ni menos. No lo sabía.

—Entonces, estaba mal informado, ¿eh?

—Nones. Estaba demasiado bien informado. Quienquiera que sea que le informó, le dijo sólo dónde estaba la caja pequeña y todo lo demás. Y ahí es donde me gustaría mucho saber por qué.

McBain hizo una mueca.

—A mí me gustaría mucho más saber «quién».

—En eso coincidimos.

—De cualquier modo, no publiques nada de eso todavía, Steve. Es una ventaja si realmente alguien de la casa está complicado en el robo y asesinato.

—No lo publicaré aún. Quiero reunir mucho más material, sobre todo en lo que concierne a los Havilland. ¿Tú sabes? Me intriga esa gente... Para empezar, la hija del viejo apareció decepcionada cuando supo que la mujer muerta no era Jennie Havilland.

—La odia y ni siquiera trata de disimularlo —gruñó McBain—. Es su madrastra y las relaciones de ambas no son cordiales precisamente.

—Y el hijo, ¿comparte esos tiernos sentimientos?

—Eso ya es más difícil de decir. El tipejo va borracho las veinticuatro horas del día. Por lo poco que he averiguado sobre él, es un fulano retorcido como un sacacorchos. Pierde la chaveta por las mujeres, y cuando digo eso quiero decir que pierde realmente el control.

—Pero respecto a su madrastra...

—No sé qué opinar. De cualquier modo estoy impaciente por interrogar a esa dama. Aunque las cosas se han puesto duras. Recibí una amable comunicación recomendándome tratar este asunto con la máxima discreción. Nada de declaraciones a la prensa, nada de fotografías, nada de nada.

—Entiendo.

—Recuérdalo cuando vayas a publicarlo. Los Havilland pueden obligarte a cambiar de trabajo si se les antoja.

—No exageres... y devuélveme la botella, polizonte.

Con un bufido, McBain abandonó la botella sobre la mesa. Descolgó el teléfono y llamó a su gente.

Steve Gray permaneció en la cabaña el tiempo justo de vaciar los restos de la botella. Luego, con un gruñido de despedida, se largó caminando muy tieso.

McBain suspiró. A veces le maravillaba que, bebiendo lo que llegaba a beber, Steve no hubiera reventado ya un millón de veces.

Al fin, olvidó a su amigo y empezó un metódico registro de la cabaña.

No encontró absolutamente nada que pudiera servirle.

CAPÍTULO VII

El hombre estaba tendido en la cama. Su mirada glauca, extraña, parecía perdida en algún lugar remoto del techo de madera. Más allá de las paredes de la cabaña se oían las voces apagadas de la gente que jugueteaba en torno a la piscina del motel.

Él no parecía oírlas, sumido en su propio y sombrío mundo.

Cuando empezó a sonar el teléfono ni siquiera parpadeó. Lo dejó desgañitarse un buen rato, hasta que al fin alargó el brazo y atrapó el auricular.

—Hable —dijo tan sólo.

—¿Hud?

—Le advertí. Nada de nombres, y menos por teléfono.

—Está bien, no se ponga nervioso.

—¿Quién está nervioso?

Sonó un gruñido de disgusto. El hombre esperó, inmóvil.

Luego, la voz del teléfono anunció:

—Encontrará el sobre en el lugar convenido.

—Muy bien.

—Eso es todo.

—Me parece que no, amigo.

—Cuidado, no quiera tirar de la cuerda, podría romperse.

—Se romperá si me amenaza.

—Entonces, ¿qué diablos quiere decir?

—Hay otro hombre detrás del asunto. Tenía la pista de Temple. No me pilló de milagro después que hube hecho el trabajo.

—¿Sabe quién es?

—Se llama Gray. Steve Gray.

—¡Maldita sea!

—¿Le conoce?

—Es un reportero.

Hubo un largo silencio. El hombre esperó, aprovechando para encender un cigarrillo.

Hasta que la voz de su comunicante gruñó:

—No podemos permitirnos ni un descuido. Acabe con él.

—¿Igual que Temple?

—Como quiera, esta vez no importa.

—¿Y el mismo precio?

—¡Sí, sí, todo igual! Le enviaré el sobre por el mismo sistema.

—De acuerdo. Delo por hecho.

Colgó, pensativo. Continuó tendido, con la mirada perdida en el techo, como si allá arriba pudiera encontrar las respuestas a todas las inquietudes que habían enturbiado su *cerebro* desde que tenía uso de razón.

Sólo que, para eso, no había ninguna respuesta.

* * *

Al anoecer, McBain regresó a su despacho. Estaba irritado, soñoliento y cansado.

Abrió la puerta y se encontró con Steve Gray sentado en su sillón, echado hacia atrás con los pies sobre la mesa y aprovechándose de su propia botella de *whisky*.

—¿Qué demonios...? —barbotó—. ¡Suelta esa botella!

—No seas tacaño. Estuve pateando aquí y allá para ahorrarte trabajo, Mac, así que puedes ser generoso aunque sólo sea por una vez.

—Me conmueves.

—La camarera no se casó en Garden City. Lo he comprobado.

—Ya veo... ¿Quieres devolverme mi sillón?

—Bueno.

Steve se trasladó a una silla y contempló como el teniente se hundía materialmente en el asiento con gesto fatigado.

Entonces añadió:

—No consta en ningún registro civil. Debió casarse fuera de aquí mucho antes de entrar a trabajar en casa de los Havilland.

—Habrá que pedir ayuda a la policía de Los Ángeles. O quizá en San Diego, vete a saber.

Steve se encogió de hombros.

—También me intriga mucho el lugar a donde iba cada viernes. Bueno, al diablo todo esto. ¿Qué hay de la esposa del viejo?

—¡Cuernos! Casi se volvió loca cuando se enteró de lo sucedido.

—¿Cómo es?

McBain puso los ojos en blanco.

—Sensacional —murmuró con voz reverente—. Te juro que en mi vida había visto una mujer como ella. Ríete de esas bellezas de Hollywood. Tiene unas curvas que marean, y sólo con mirar su cara uno siente que podría echarse a andar cabeza abajo con sólo que ella se lo pidiera.

—Te ha sacudido fuerte, ¿eh?

—Espera a verla.

—¿Joven?

—No creo que llegue a los treinta.

—Ya veo... Si yo fuera su marido estaría muy preocupado. Él debe tener más del doble de años.

—Está preocupado. Y si no lo estuviera, sus hijos se encargarán de que nunca pueda quitarse la mosca de detrás de la oreja, si sabes lo que quiero decir.

—Entiendo. Le soplan los oídos de vez en cuando.

—¡Nada de vez en cuando! —bufó McBain—. Un día sí y otro también. Estuve sonsacando al ama de llaves.

—Ya veo —repitió Steve—. Temen que ella se embolse la parte del león el día que el viejo deje de respirar. Es una situación típica. No me sorprende.

—Quizá te sorprenda lo que el ladrón se llevó de su caja —dijo el policía con voz suave.

—¿Tanto?

—Casi cincuenta mil dólares en joyas, por un lado. Más de dos mil en billetes...

—Se ganó el jornal —comentó Steve, irónico.

—Seguro. Además, dio la casualidad de que esa noche quedó en la caja un broche que nunca estaba allí. Un broche valorado en una bagatela... Ciento cincuenta mil dólares.

Gray se enderezó en la silla.

—Cualquiera pensaría que el ladrón tuvo un acierto endemoniado al elegir la ocasión...

—Sí, acierto... No creo que el tipo fuera clarividente, así que alguien le sopló los oídos.

—McBain, todo esto apesta como un estercolero. Los hijos del viejo adiendo a la mujer de éste. Ella con menos de la mitad de años que su marido, hermosa y sabiéndose una intrusa en la casa. Y los hijos, un par de crápulas soñando con la herencia para seguir financiando su vida depravada...

—No escribas un artículo en mi despacho. Yo también tengo trabajo, así que lárgate.

Desde la puerta, Steve aún dijo:

—Creo que me ocuparé de esa gente, Mac.

Salió y ya no pudo oír el seco juramento del policía.

En la acera miró arriba y abajo, sin saber muy bien a dónde dirigirse.

Se decidió por un pequeño restaurante, en la playa, y cenó en él distraídamente. Luego, se encaminó cuesta arriba hacia donde brillaban las luces de un local nocturno, encaramado sobre un risco.

Se llamaba

Stacy's

y era un lugar caro y exclusivo que funcionaba todo el año. Incluso fuera de temporada, el negocio enriquecía a su propietario cual si la gente estuviera empeñada en que Stacy Mars engrosara su cuenta cada noche.

Steve le buscó por el reducido salón del bar, hasta localizarlo sentado en un rincón. Stacy Mars era delgado, distinguido, y detrás de sus ojos implacables se escondía una astucia que le había librado de no pocas situaciones comprometidas.

—Hola, Gray —exclamó al ver al reportero—. No me diga que piensa desbancar mi ruleta.

—Estoy en horas bajas, Mars.

Hizo una seña al camarero. Poco después, éste le servía un *whisky* y se retiraba tras comprobar la seña de su patrón.

Steve contempló el licor casi con reverencia.

—Gracias —gruñó—. Uno no bebe todos los días un elixir como éste.

—Tampoco invito con él a todo el que se presenta aquí.

—Gracias otra vez.

Bebió un sorbo, paladeando el licor. Luego, de pronto, dijo:

—¿Has oído lo sucedido en casa de los Havilland?

—Seguro, aunque corren versiones para todos los gustos. ¿Cuál es la de la prensa local?

Steve hizo una mueca.

—Hasta ahora, ninguna en concreto. Quiero saber más antes de escribir nada.

Mars arrugó el ceño.

—No me diga que ha venido aquí en busca de información sobre ese asunto...

—Sólo en un aspecto marginal.

—Acláreme eso, Gray.

—Mars, usted tiene el local más lujoso de nuestra costa, el más sofisticado... y el más caro. Forzosamente, los dos jóvenes de la familia Havilland deben frecuentarlo. ¿Me equivoco?

—No.

—Ya lo imaginaba.

Mars sacudió la cabeza. Su jovialidad había desaparecido.

—No se equivoca —gruñó—, pero no me gusta en absoluto que meta las narices aquí profesionalmente. Mis clientes saben que en esta casa están seguros. ¿Qué pasaría si yo empezara a chismorrear sobre ellos?

—Bueno, Mars, no desorbite las cosas. Sólo quiero que me hable un poco de ellos. Necesito hacerme un retrato mental de los implicados en el caso. De todos ellos, y presumo que nadie conoce a esa pareja como usted.

—Les conozco.

—Está bien, si no quiere hablar, olvídelo. Pero yo debía intentarlo.

—No es lo que usted cree. No me importa hablar del hijo, es un crápula que me ha causado infinidad de problemas. Pero la chica es otro asunto. Una cabeza loca a la que le gusta divertirse en grande. Tiene derecho a vivir como le guste, creo yo.

—Cierto.

—Él es otra cosa...

Steve esperó, aprovechando para acabar con el *whisky*. Le supo a poco.

Al fin, Mars dijo, como hablando a regañadientes.

—Peter Havilland es un mal bicho, uno de esos individuos que

dan náuseas. Si mi opinión vale para algo, le diré que creo que es un obseso sexual o algo así.

—Acláreme eso, Mars.

—Bueno, nunca aparece con menos de dos o tres mujeres en torno. No sé si les paga mucho o poco dinero, pero por mucho que sea ha de resultarles muy poco a cambio de lo que tienen que soportar.

—Entiendo.

—No creo que lo entienda sin conocerle bien. Goza humillándolas, y si son ciertos los rumores que he oído sobre lo que hace con ellas en la intimidad, pienso que alguien debería cortarlo en pedacitos.

—Acaba de hacer usted un buen retrato del individuo.

—No espere que haga otro de la muchacha. Lo único malo de ella es su maldita soberbia, pero me cae bien.

Steve encendió un cigarrillo y luego, como al desgaire, preguntó:

—¿Cree usted que el joven Havilland sería capaz de matar a una mujer, Mars?

Éste achicó los ojos. Pareció pensarlo con caima, tomándose tiempo.

Al fin gruñó:

—Bueno, no me sorprendería que lo hiciera en uno de sus arrebatos, aunque eso es algo que nadie puede asegurar.

—No, por supuesto que no. Gracias por todo, Mars.

—Por nada.

Gray se levantó. Antes que se alejara, Mars le advirtió:

—No se le ocurra utilizar nada de cuanto le he dicho en sus artículos, Gray. Me disgustaría tener que demandarle.

—Ya veo. Lo recordaré.

Se fue mucho más preocupado que a su llegada. Cuanto más pensaba en el misterio, menos le gustaba.

CAPÍTULO VIII

Gray vio luces en la licorería de la esquina. El establecimiento cerraba muy tarde. Era licorería, heladería, estanco y librería todo en una pieza, y su propietario un individuo rechoncho, sin familia, que no tenía otra cosa que hacer que ganar dinero.

Así que llamó a la puerta, el gordo sonrió de oreja a oreja y cediéndole el paso cacareó:

—Usted era el único cliente que me faltaba hoy, señor Gray.

—Lo creo. La mitad de mi sueldo acaba en su caja.

—¿Qué va a ser esta vez?

—*Whisky*. Dos botellas.

—¿Del de siempre?

—Claro. Cuando me aumenten el sueldo quizá cambie por otra mejor.

—No se queje. He observado que, por regla general, quienes más lloran sobre mi hombro son los más acaudalados.

Se echó a reír. Steve deseó aplastarle la nariz, pero eso lo había deseado tantas veces que ya ni siquiera era divertido pensarlo.

De modo que pagó las dos botellas, salió y un minuto después estaba abriendo la puerta de su apartamento.

Accionó la llave de la luz, pero todo siguió a oscuras.

Rezongó una maldición. Era lo único que le faltaba esa noche, tener que andar hurgando en la instalación.

Tanteó para dejar las dos botellas sobre una mesita baja.

Lo hizo con cuidado. Romper una botella sería una catástrofe, pensó. Dejó una, asegurándose de que quedaba sobre la mesa y no en el borde.

Entonces escuchó el apenas audible jadeo. Una respiración violenta y contenida a sus espaldas.

Se enderezó, súbitamente alerta.

—¿Quién está ahí? —barbotó, intentando taladrar las tinieblas que le envolvían.

No hubo respuesta, pero oyó un leve roce. El roce de unos pies moviéndose con cautela. Sintió que se le erizaban los pelos ante la amenazadora presencia de un extraño envuelto en la oscuridad. Había olvidado la botella y todo lo que no fuera descubrir al intruso.

Inesperadamente captó el remolino de aire cuando el desconocido se desplazó violentamente. Intentó gritar, y en el mismo instante el infierno pareció arder en su costado.

Aulló, mareado por el dolor, pero dominado también por un salvaje furor. Sin reflexionar, obrando por puro instinto destructivo, volteó la mano con que aún sostenía la botella y golpeó con todas sus fuerzas.

La botella encontró un obstáculo en su camino. Sonó un estallido de cristales rotos y un grito y él se quedó con el gollete en la mano mientras su atacante retrocedía a trompicones.

Rugiendo como una fiera herida, Gray avanzó dando traspiés, sintiéndose cada vez más débil mientras la sensación viscosa de la sangre brotando de su costado descendía por sus piernas.

Alguien emitió un quejido, muy cerca. Él echó el brazo hacia atrás y descargó un golpe con el pedazo de botella rota. Notó cómo las afiladas aristas del cristal se hundían en una masa blanda y masculló una maldición.

Alguien gritó con voz ahogada. Hubo un golpe contra el suelo, la caída de un objeto metálico. Luego, las piernas del reportero comenzaron a fallarle y la negrura que le envolvía pareció penetrar hasta las profundidades de su cerebro.

Aún escuchó el golpe de la puerta antes de caer de rodillas. Se arrastró en busca del teléfono. Sentía como si flotara en una dimensión neutra donde nada fuera sólido.

A tientas atrapó el auricular y cayó de bruces, arrastrando el teléfono con él.

Perdió el conocimiento y no lo recobró hasta minutos más tarde. Entonces tanteó los bolsillos y encontró las cerillas.

Cuando al fin pudo discar un número creyó que había transcurrido un siglo desde que aquella llama ardiera en su carne.

Una voz ladró en su oído:

—¡Policía! ¿Qué podemos...?

—¡McBain! —jadeó—. Ayuda...

—¿Qué?

—Soy Steve Gray... me han herido... en mi apartamento... Por favor, McBain...

El auricular escapó de sus dedos sin fuerza y él hundió la cara en la alfombra. Sintió un gran alivio al perder el conocimiento.

* * *

Cuando abrió los ojos vio un techo blanco y la cara de McBain, muy pálida, inclinada sobre él.

—Hola —balbuceó—. ¿Qué te pasa? Tienes una cara muy rara.

El policía soltó tal juramento que hasta los cristales temblaron.

—¡Maldito seas! Casi te haces matar y todo lo que se te ocurre es hablar de mi cara. ¿Quién fue, lo sabes?

—No pude verle... y estoy hecho migas.

—Tienes una cuchillada en el costado. ¿Cómo quieres encontrarte después de eso?

—El maldito... hijo de perra también se llevó lo suyo.

—Sí, ya lo sé. Vimos el rastro de sangre hasta la calle. ¿Crees que puedes contarme lo que pasó? Si no te sientes con fuerzas puedo esperar.

—Lo intentaré, aunque no aclararás nada con lo que yo te diga. Fue la cosa más idiota de... En fin, el bastardo me esperaba en mi propio apartamento. Había hecho algo con la luz y tuve que entrar a oscuras. Así me sorprendió.

McBain escuchó, perplejo, todo el relato. Después gruñó:

—Por una vez, tu maldita afición al *whisky* te ha servido para algo... ¿Por qué crees que ha intentado matarte?

—No lo sé... ¡Condenación! Ojalá pudiera ponerle la mano encima otra vez. Pero de cualquier modo tiene que ser por algo relacionado con lo sucedido en casa de los Havilland. No puedo pensar en otra cosa.

—¿Es que descubriste algo que yo ignoro, algo que puede llevarte hasta el criminal?

—Me gustaría saberlo, pero si es así yo mismo no me he dado

cuenta...

—Está bien, seguiremos hablando cuando hayas descansado. El médico dijo que no saldrías de aquí en una semana.

—No apuestes por eso.

McBain cabeceó, despidiéndose. Gray se quedó solo, amodorrado. Luego durmió y apenas si advirtió cuando le aplicaron una inyección.

El día siguiente, por la tarde, abandonó el hospital dejando atrás las recriminaciones del médico y de la mitad del personal facultativo.

En los dos días siguientes, el periódico local publicó extensos reportajes sobre los sucesos, con fotos en exclusiva que pusieron los pelos de punta a los asombrados habitantes de Garden Bay City.

Sin embargo, el teniente McBain fue incapaz de localizar al reportero en todo ese tiempo. No fue hasta tres días después que Steve Gray apareció en su despacho. Estaba pálido, había adelgazado, y parecía tan cansado y somnoliento que daba grima.

McBain dio un respingo al verle.

—¿Dónde infiernos estabas metido? Si te emborrachaste como de costumbre, déjame decirte que debes estar más chiflado de lo que nunca imaginé. En tu estado...

—¡Oh, cierra la boca, teniente! Mejor ocúpate de que alguien traiga un par de litros de café. Apenas puedo mantener los ojos abiertos.

McBain ladró una orden por teléfono. Después gruñó:

—¿Dónde estuviste?

—De un lado a otro. Los Ángeles, San Francisco. Por ahí.

—¡Y medio muerto! Estás loco.

—No me sorprendería.

—Pero el periódico ha publicado escritos tuyos todos esos días.

—Lo dejé escrito antes de marcharme. De paso te diré que he firmado una exclusiva con una agencia de prensa de Los Ángeles. Van a distribuir mis artículos en más de cincuenta periódicos de medio país. Están muy interesados con el caso Havilland.

McBain hizo una mueca.

—Eso te estallará en las narices. El viejo ya ha empezado a mover sus influencias. Estoy recibiendo presiones por todas partes para mantener a la prensa lejos del asunto. Además, debo tratarles

con guante blanco y todas esas cosas, ya sabes. De modo que si tú pregonas sus miserias por todo el país te crucificarán.

—A mí no me harán callar fácilmente. De cualquier modo, me ocuparé de esos problemas cuando se presenten. De momento, te diré que la sirvienta muerta se casó en San Francisco hace unos años con un tipo llamado Bert Ellis. Bert Ellis estuvo encerrado en San Quintín hasta hace una semana, en que le soltaron en libertad vigilada.

McBain se quedó boquiabierto.

—Debí suponer que andabas detrás de esa pista. Así que casada con un ex presidiario, ¿eh?

—Cuando se casaron él no era ex presidiario. Lo encerraron por intento de homicidio. Un tipo se pasó de rosca con ella y por poco no lo cuenta. Pero ese tal Ellis no era un delincuente ni nada parecido.

Un agente entró trayendo una cafetera humeante y dos vasos. Steve se lanzó sobre el brebaje como un sediento. McBain saboreó el suyo despacio, pensativo.

De pronto dijo:

—Tienes un aspecto que asusta, Steve...

—Y estoy peor que mi aspecto todavía. Creo que dormiré una semana seguida cuando salga de aquí. Ah, casi lo olvido... tengo una fotografía de Bert Ellis.

Rebuscó en sus bolsillos y arrojó la foto sobre la mesa. Mientras McBain la examinaba él llenó de nuevo su vaso de café y lo bebió sin azúcar, como si tuviera prisa por acabarlo.

—Es un tipo bien parecido, ¿eh? —comentó.

—Seguro. Y salió hace una semana de la jaula, y justo unos días después su mujer es asesinada...

Steve Gray hizo una mueca.

—No sigas. Él no se la cargó.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Estaban enamorados. Se querían como dos idiotas. El día en que ella estaba libre volaba a la cárcel para visitarle. Todas las semanas, y eso durante años. No, viejo, Ellis no le hubiera hecho daño a su mujer. Lo único que me sorprende es que no haya aparecido todavía armando un escándalo.

—Ya veo. Te has movido mucho a pesar de estar medio muerto.

—No lo sabes tú bien —suspiró el reportero—. Pero déjame decirte una buena parte de ese trabajo debió haberlo realizado nuestra bien pagada policía.

—¡Bien pagada! —Gruñó McBain—. Déjame que me ría. Además, ¿con qué gente crees que cuento?

—Díselo al alcalde. También estuve en San Diego.

McBain le miró intrigado. El brusco giro del tema le desconcertó unos instantes.

—¿Qué fuiste a...? ¡Maldita sea! —exclamó de pronto, desorbitando los ojos—. La convención de la señora Havilland.

—Ni más ni menos. Su marido nos dijo que ella estaba en San Diego, asistiendo a un congreso o algo así.

El teniente se enderezó, súbitamente alerta.

—¿Y no era cierto?

Steve se echó atrás en la silla.

—Ella fue a San Diego y asistió a la convención. La convención empezó a las diez de la mañana y terminó a las doce de la noche.

—Bueno...

—Ella estuvo tres días ausente.

—Ya veo...

—Te dije que esa familia me intrigaba. Demasiada diferencia de edad entre él y ella. Demasiado dinero. Demasiadas tensiones acumuladas... Bueno, ella se tomó dos días de asueto y nadie sabe a donde fue. Pero a mí se me ha ocurrido que hay multitud de moteles en la carretera, entre San Diego y Garden Bay City.

McBain cabeceó, pero de repente dijo:

—Espera un minuto..., Me dijeron que ella viajaba en coche, que el coche lo conducía un chófer. No me parece que la dama se atreviera a tanto como vivir una cana al aire con un testigo tan peligroso como podría ser ese chófer. Sería demasiado arriesgado.

Steve llenó de nuevo el vaso de café, con lo que vació la cafetera. Dio un sorbo y esta vez lo paladeó.

Luego dijo:

—Obtuve una buena descripción de ese chófer...

—¿Y...?

—Al parecer es una especie de Marlon Brando, pero en joven. Además, fue la señora Havilland quien lo contrató.

El teniente se quedó mirando al reportero con el ceño fruncido.

Gruñó, preocupado:

—Así que tú supones que el Romeo de la señora Havilland es su propio chófer.

—Quizá sólo sea un chófer de circunstancias, si entiendes lo que quiero decir. Sería interesante saber qué era ese tipo antes de entrar a trabajar en casa de los Havilland. Se llama Hal King, así que muévete, Mac. Yo voy a acostarme en cuanto salga de aquí.

—De acuerdo, pondré a uno de mis hombres en ese trabajo, aunque si lo piensas con calma verás que eso no nos llevará a ninguna parte. Maldito si nos importan un cuerno los devaneos de la señora Havilland, sean con su chófer o con cualquier otro.

Steve ya se había levantado y caminaba hacia la puerta con gestos cansinos. Antes de salir gruñó:

—Uno nunca sabe...

Salió dejando la puerta abierta. McBain soltó un juramento y, levantándose, fue a cerrarla de un portazo. El estruendo de la puerta fue el único consuelo a su creciente mal humor.

CAPÍTULO IX

El teléfono rompió el silencio de la cabaña, despertando al hombre que yacía sumido en una suerte de estupor producida por el dolor, la frustración y los calmantes que había ingerido.

Tardó un poco en reaccionar. Quizá ni siquiera estaba seguro de si estaba vivo o muerto. Llevaba un tosco vendaje en torno a la cabeza, y en el pecho, desnudo, otras vendas improvisadas habían empapado una buena cantidad de sangre.

Al fin, alargó la mano y atrapó el auricular.

—Hable —refunfuñó.

—Sé que ha retirado el sobre con el dinero.

La voz era ronca, reflejando la ira del que hablaba.

—Sí —dijo.

—Pero no hizo el trabajo. Ese ensucia cuartillas sigue vivo.

—Esta vez salió mal.

—Usted Cobró para que saliera bien.

—No me atosigue. La próxima vez las cosas serán distintas. Ese maldito... por poco no me mató él a mí. Pero va a pagarlo.

—¿Cuándo?

—Ya se enterará usted. ¿Eso es todo?

—¡No, maldita sea! Es preciso que lo haga cuanto antes. Ese tipo está moviéndose demasiado y puede ser muy peligroso.

—Pronto dejará de serlo. Y ahora déjeme en paz.

—¡Espere un minuto! Hay otro trabajo para usted cuando haya acabado con el reportero.

—Empiezo a cansarme de todo esto.

—Lo hará usted, Hud, Será el último y la paga le interesará. El doble que hasta ahora.

—Está bien, hableme de eso.

—Cada cosa a su tiempo. Primero Gray. Después volveré a llamarle y habremos terminado.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

El hombre tendido en la cama devolvió el auricular al soporte y cerró los ojos.

La cabeza le dolía como el infierno. Y la profunda herida en el pecho, allí donde se habían hundido las afiladas aristas del cristal, era como una llama que le recordara con su dolor el fracaso que estuvo a punto de costarle la vida.

Aunque, después de todo, quizá lo que en realidad le doliera con aquel fuego inquietante fuera el alma.

* * *

Steve acababa de llenar un vaso con los restos de la botella cuando sonó el timbre de la puerta.

Permaneció un instante quieto, con el vaso en la mano. El timbre zumbó otra vez.

Abandonó el vaso y abrió un cajón de la mesa de trabajo. Sacó un achatado revólver y dio un vistazo a las cabezas de las balas que llenaban el tambor. Luego, rezongando entre dientes, fue hacia la puerta.

—¿Quién está ahí? —Gruñó.

—¿Es usted Steve Gray?

Era una voz de hombre, firme e impaciente.

—Seguro —dijo—. Ahora sepamos quien es usted.

—¿A través de la puerta? Puedo decirle que soy el presidente y usted no tendrá medio de averiguar si es verdad o no.

—No creo que el presidente quisiera tratos conmigo...

Descorrió el cerrojo y echándose a un lado dijo:

—¡Entre!

Apareció un hombre alto, bien parecido y de expresión ceñuda, que se quedó mirando el revólver que le apuntaba a la barriga antes de levantar los ojos hacia el reportero.

—Está nervioso —comentó.

—Ya puede jurarlo. Cierre la puerta.

Obedeció y volvió a dar un vistazo al revólver.

—¿No puede apuntar a otro lado? Me llamo Ellis, Bert Ellis.

Todo lo que quiero es hablar con usted.

—¡Ellis! Seguro... vi su fotografía, pero ha cambiado mucho.

—La cárcel cambia a cualquiera.

—Claro.

Retrocedió guardándose el revólver en el bolsillo. Bert Ellis avanzó y sin ceremonias se dejó caer en una butaca. Suspiró.

—Deseaba conocerle, Gray.

—Y yo a usted. ¿Quiere un trago?

—Gracias.

Steve fue en busca de una botella y un vaso. Bebieron antes de encender cigarrillos. Sólo entonces, el inesperado visitante dijo:

—Usted escribió sobre la muerte de Katherine... lo leí todo. La trató con respeto a pesar de las circunstancias. Ella lo merecía, ¿sabe? Era una gran chica.

—Y era su mujer.

—Sí.

—Lo averigüé hace poco. Estuve en San Quintín.

Ellis achicó los ojos, sorprendido.

—Ya imaginaba que tarde o temprano lo descubrirían. ¿Quién la mató, Gray?

—No lo sé. La policía está investigando. Vaya y pregúnteles a ellos.

—Tan pronto supieran quién soy, un ex presidiario, volverían a meterme en líos. No, gracias. Por eso he acudido a usted. ¿De veras no tienen ni una sospecha?

—En absoluto. Si ha leído mis reportajes, sabe ya todo lo que se ha descubierto hasta ahora.

—¿Pudo matarla el ladrón, Gray?

—No. Por otra parte, y aunque eso aún no se ha relacionado con la muerte de su esposa, el tipo que limpió la caja fuerte también está muerto.

—No lo entiendo.

Steve vació su vaso y sólo entonces su visitante pareció recordar su propio *whisky*. Empezó a beberlo a pequeños sorbos.

Steve gruñó:

—Ahora, dígame por qué pensaba que yo sabría quién la mató.

—No pensaba nada. Sólo quiero saber. ¡Condenación! Quiero saberlo... antes que la policía.

—Ya veo.

—¿Lo comprende?

—Me parece que sí.

Ellis rechinó los dientes. Era un hombre fuerte al que el penal había endurecido todavía más. Y le empujaba el dolor, el despecho, la ira... Steve pensó que no le gustaría tenerlo como enemigo.

—Todo lo que quiero es tenerlo entre mis manos —añadió con voz lenta, suave y helada—. Usted no puede imaginar lo que ella significaba para mí.

—Lo sé. Sé todo sobre usted y ella. El motivo que le llevó a la cárcel, las visitas semanales de su mujer... Todo —repitió—. Pero si piensa ajustarle las cuentas al asesino por su propia mano más vale que vaya cambiando de idea a menos que desee enterrarse otra vez en San Quintín por el resto de sus días.

—Eso no me importaría.

Steve se encogió de hombros.

—Es cosa suya, pero no puedo ayudarle. No hay ni una pista de ese engendro.

Ellis apuró su licor. Tenía una sombría expresión en su rostro bien parecido. Con voz sorda refunfuñó:

—Muerta ella, mi vida apenas si tiene objetivo alguno. Era cuanto tenía, Gray. Y era mucho más de lo que nunca pude haber ambicionado. Ahora... no sé siquiera qué hacer.

—Vivir.

Quedaron mirándose en silencio. Ellis se encogió de hombros al fin.

—¿Para qué? —rezongó—. Oiga, ¿por qué tiene usted tanto miedo?

—¿Lo dice por mi recibimiento?

—Claro. El revólver y todo eso.

—Bueno, el asesino intentó matarme también a mí. No lo consiguió de milagro, así que ahora tomo precauciones, eso es todo.

—De modo que a usted también.

Steve sentía las piernas flojas y la cabeza le dolía. Pensaba en la cama en lugar de dedicar todos sus pensamientos al *whisky*.

Tras un silencio, dijo, no obstante:

—En sus visitas a la cárcel su mujer debió hablarle de la gente para la que trabajaba...

—Seguro. Estaba deseando que yo saliera para marcharse de aquella casa.

—¿Por qué? Tenía un buen empleo.

—Muy bueno.

—¿Entonces, qué?

—Nunca quiso entrar en detalles. Además, no nos daban mucho tiempo, usted lo sabe. Pero para mí que había alguien allí que la importunaba. Una vez me dijo que el hijo del anciano Havilland era un degenerado o algo así. Además, su ama estaba metida en líos también... Katherine quería dejar aquella casa tan pronto yo saliera del penal.

—Entiendo.

—Si supiera seguro que el bastardo trató de abusar de ella le...

—Olvídelo. Es cierto que se trata de un tipo más o menos chiflado, en lo que a mujeres se refiere, pero no creo que él la matara.

—Pudo abusar de su posición en otras ocasiones.

—Y seguramente lo hizo con otras sirvientas. No duraban mucho en sus empleos. Su mujer fue la que más aguantó. Pero de eso a matarla media un abismo.

Ellis se levantó. Su expresión era más sombría que nunca.

—Tenía la esperanza de que usted hubiera podido ayudarme —refunfuñó—. De todos modos le estoy agradecido por el modo como trató a Katherine en sus artículos.

Caminó hacia la puerta con la cabeza caída sobre el pecho, mientras Gray se preguntaba qué siniestros pensamientos le atormentarían.

Sin una palabra de despedida, Bert Ellis abrió la puerta y desapareció.

Con un suspiro, Steve apagó la luz y con pasos cansinos y a oscuras se dirigió al dormitorio.

Se quitó la camisa a tirones. Llevaba un vendaje elástico en torno al pecho. La herida palpitaba con un leve dolor.

Se disponía a quitarse los zapatos cuando en la calle estalló el infierno.

CAPÍTULO X

Gray saltó hacia la ventana como impulsado por un resorte. Apenas se dio cuenta de que volvía a empuñar el revólver.

Aún retumbaban los disparos cuando se asomó. La larga ráfaga tronaba igual que un cataclismo. Vio los relámpagos rojizos del arma al otro lado de la calzada, procedentes de la ventanilla de un coche oscuro. También vio al hombre que daba tumbos por el suelo delante de su propia puerta y luego quedaba inmóvil.

El coche oscuro empezó a moverse. En alguna parte alguien comenzó a gritar con voz histérica. Algunas ventanas se iluminaban y sonaban sus chasquidos al abrirse.

Instintivamente, Steve sacó la mano armada y disparó bala tras bala contra el coche que ganaba velocidad en medio de la calle. Nunca supo con cuánta rapidez hizo los seis disparos, pero sí advirtió cómo algunos proyectiles daban contra la capota del coche sin que lograsen detenerlo. Únicamente dio unos bandazos como si fuera a estrellarse, pero luego enderezó el rumbo y con una salvaje acelerada desapareció en la primera esquina.

Cuando el reportero salió corriendo de su apartamento, casi estaba seguro de lo que iba a encontrar en la acera.

Y lo encontró.

El retorcido cuerpo de Bert Ellis se desangraba por incontables heridas de bala. El ex presidiario parecía haber empequeñecido.

El silbato de un guardia se aproximaba procedente de la calle Fulker. Otro resonaba en alguna parte y empezaban a asomar curiosos de las casas vecinas.

Gray se echó atrás. La cabeza le daba vueltas y sentía las piernas como si fueran de algodón.

El primer guardia que llegó estaba nervioso. Le vio con el

revólver en la mano y pegó un brinco, encañonándole con su «45».

—¡Suéltelo! —Ladró.

Steve le miró sin comprender, aturdido.

—¡Deje caer el revólver! ¿No me oye? ¡Suéltelo o le clavo contra la pared!

—Sí... claro...

Abrió los dedos y el «38» rebotó en la acera. Otro policía llegó resoplando.

El primero gritó:

—¡Recoge esa arma, pero no borre las huellas!

Sólo entonces Gray comprendió que le tomaban por el asesino. Era lo único que le faltaba en esa condenada noche.

Se estremeció. Tenía el torso desnudo y el vendaje comenzaba a teñirse de sangre. La herida debía haberse abierto con la agitación.

—Se equivocan —rezongó—. Yo disparé contra el coche, no contra ese hombre.

—Ahora cuente otro de risa —cacareó el guardia—. Le hemos pillado con las manos en la masa como suele decirse.

El aturdimiento dejaba paso a una sorda e impotente ira.

—¡Pedazo de alcorneque! —Gruñó—. Un revólver tiene seis tiros. Ese tipo lleva más agujeros que un colador... Mejor será que llame al teniente McBain, en la jefatura. Eso es asunto suyo.

Los dos policías se miraron. Luego, uno se inclinó sobre el sangriento cuerpo. Cuando volvió a erguirse había una expresión de desconcierto en su mirada.

—Es cierto —dijo—. Diez o quince balazos.

—Y los que hay en la pared añadió Steve rechinando los dientes.

—Ahora, llamen al teniente si saben lo que les conviene.

Uno de ellos salió corriendo. El otro rezongó de mal talante:

—¿Quién es usted?

—Steve Gray, y en buena lógica soy quien debería estar ahora ahí, hecho una criba, y no ese desgraciado.

El guardia no entendía nada, así que optó por esperar a que otros se hicieran cargo del asunto.

Primero llegó un auto patrulla, y diez minutos más tarde el teniente McBain se apeaba de su coche con cara de pocos amigos.

Steve esperó. Le vio hablar con los guardias, inclinarse luego sobre el cadáver, y al fin, rezongando entre dientes, se acercó a

donde el reportero esperaba recostado contra el quicio del portal.

—Bueno, sales de una y te metes en otra —comentó de mal talante—. Cuéntame tu versión. ¿Quién era ese tipo?

—Bert Ellis.

—¿El marido de la muchacha muerta?

Steve cabeceó, añadiendo:

—Estuvo arriba, en mi apartamento. Cuando salió, el asesino le confundió conmigo con toda seguridad. Debíó ver cómo se apagaba la luz en mi ventana, y poco después Ellis salió de la casa. El pobre tipo tuvo una suerte perra.

—Si estás en lo cierto, tu pellejo no vale un centavo. Te has salvado dos veces. A la tercera...

Steve se enderezó.

—A la tercera —rechinó entre dientes—, le daré lo que se merece.

—Sí, bueno, más vale que no te veas obligado a enfrentarte con él. Lo que sería mejor es saber qué diablos cree él que tú tienes, para que signifiqués un riesgo tan grande como para liquidarte.

—No tengo la menor idea, debe estar chiflado. Me voy arriba. Necesito un trago.

—Lo necesitas tanto como a la peste. ¿Es que no puedes pensar en otra cosa?

—Ojalá... Termina tu negocio aquí y sube para seguir cambiando ideas. Si es que tienes alguna.

McBain se quedó maldiciendo en todos los tonos. Quince minutos más tarde estaba llamando a la puerta del periodista.

Entró, tendiéndole el revólver vacío.

—Según el guardia es tuyo —dijo.

—Tú extendiste la licencia hace ya tiempo...

—Cuéntame con detalle lo que pasó. ¿Disparaste contra el coche?

—Y le acerté varias veces, pero no pude detenerlo.

—No viste cuántos hombres lo ocupaban, supongo. Desde una ventana...

—Uno. No iba más que uno. El coche no empezó a moverse hasta que el tipo dejó de disparar. Un hombre no tiene más que dos manos.

—Ya veo.

McBain escuchó el relato sin despegar los labios. Cuando Steve calló dijo:

—Realmente, el tipo tuvo mala suerte. Salir de la cárcel para hacerse matar de un modo estúpido como éste... Bueno, al infierno con todo. ¿Dónde está ese trago de que hablaste en la calle?

Steve se apresuró a llenar dos vasos. Bebieron en silencio, uno frente al otro. El reportero apuró hasta la última gota y se estremeció.

—Habré de llamar al médico —gruñó—. Con todo este lío ha vuelto a abrirseme la herida.

—Tienes más vidas que un gato, no vas a morirte ahora por eso. ¿De qué te habló Ellis mientras estuvo aquí?

—Quería saber quién había matado a su mujer. Eso le obsesionaba. Ella iba a dejar su empleo tan pronto él estuviera libre. Por lo visto se querían como dos idiotas —añadió con voz que rezumaba sarcasmo—. Su mujer no estaba a gusto en casa de los Havilland.

—¿Por qué, lo sabía él?

—Tenía algunas ideas, pero nada concreto. Pensaba que el hijo tal vez se acostara con las criadas. O que incluso podía ser quien la había matado. También dijo algo de que la señora Havilland andaba metida en líos y que eso no le gustaba a Katherine.

—¿Qué clase de líos?

—Eso fue todo lo que dijo.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Que estaba en lo cierto en algunas cosas. Por ejemplo, el joven Havilland anda acosando a las sirvientas empujado por su instinto degenerado. Ésa debe ser la razón de que la mayoría de ellas permanezcan tan poco tiempo en el empleo. También estoy dispuesto a aceptar la idea de que la señora Havilland está metida en algún que otro lío amoroso, para llamarlo de alguna manera. A propósito, ¿te ocupaste del chófer?

—Encargué a uno de los muchachos que escarbara en esa dirección. Cuando sepa algo te lo diré. Ahora cambiemos de tema si te parece.

Steve se encogió de hombros.

—Como quieras, pero no te sorprendas si me quedo dormido en tu regazo. Estoy hecho migas.

—Aguanta un poco más.

—¿Por qué?

McBain encendió un cigarrillo. Levantándose de la butaca dio unos pasos sin rumbo y acabó deteniéndose junto a la ventana, contemplando los trabajos de sus hombres en la calle. Se oía la sirena de una ambulancia a lo lejos.

—Estoy pensando en el asesino —dijo de pronto.

—En eso coincidimos —rechinó Steve.

—Es un tipo muy complicado, ¿no te parece? Por regla general, esos tipos tienen un sistema de operaciones. Un *modus operandi* particular. Hasta ahora, el hijo de perra mataba con un cuchillo. Se ensañaba con sus víctimas, lo cual nos indicaba que tenía el cerebro apolillado y que le gustaba ver correr la sangre. Y de repente se olvida del cuchillo y emplea una ametralladora...

—A juzgar por la velocidad endemoniada de la ráfaga, yo diría que utilizó una Marietta.

—¡Al diablo con eso! Era una ametralladora. ¿Por qué ese cambio?

—Porque está herido, ¿lo olvidaste? Yo también le di lo suyo.

—Incluso así... Bien, al diablo. Se lo preguntaré cuando lo cace.

Gray le miró con gesto torvo.

—Si puedo cazarlo yo primero no tendrás ocasión de hacerle preguntas, Mac. Todo lo que podrás hacer será enterrarle.

McBain soltó un gruñido.

—Y te meteré en el peor embrollo de tu embrollada vida —dijo, sombrío—. Y ahora métete en la cama, o lárgate al infierno.

—A veces pienso que ya estoy en él. Cierra la puerta al salir, Mac.

McBain le dirigió una mala mirada. Hizo un esfuerzo para no dejar traslucir su preocupación por su amigo. No lograba comprenderle ni creía llegar a comprender nunca su extraño desmoronamiento.

Dijo algo que sonó como un gruñido, fue hacia la puerta y desapareció.

Con gestos cansados Steve descolgó el teléfono y llamó al médico. Además de dolor, sentía un infinito y desolado vacío en su interior.

El hombre había logrado conciliar el sueño al fin, después de un tiempo interminable de inquietud, dolor y duermevela.

En su oscura mente resonaban aún los centelleantes estampidos de la pistola ametralladora y veía la imagen del hombre rebotando contra la pared, dando tumbos y más tumbos a medida que los proyectiles le zarandeaban. Luego, caía y alguien empezaba a disparar con una pistola...

En la extraña pesadilla las imágenes parecían proyectadas a cámara lenta. Todo estaba irrealmente claro, viendo morir a aquel hombre.

Pero no era como antes, como en las otras ocasiones. No gozaba con el recuerdo de la sangre, ni con el horrendo terror de sus víctimas. Quizá porque no había visto la sangre, ni la cara de esa víctima en particular. Todo estaba confuso.

Entonces el timbre del teléfono hizo añicos el silencio de la cabaña y su sonido se abrió paso con dificultad hasta la consciencia del hombre.

Parpadeó. En los primeros instantes no identificó siquiera el sonido del timbre. Creyó que era el de la puerta y de un zarpazo atrapó la pistola que guardaba bajo la almohada.

Logró sentarse en la cama y sólo entonces advirtió su confusión. Sacudió la cabeza, aturdido. El teléfono calló.

Él miró la pistola, como asombrado de que estuviera entre sus dedos. Volvió a guardarla donde estuviera antes y tanteó en busca de un cigarrillo.

Acababa de encenderlo cuando el teléfono volvió a dejar oír su voz.

Expelió el humo con fuerza, como una caldera a presión. Luego, como a regañadientes, descolgó el auricular.

—¡Hable! —Gruñó.

—¿Lo hizo?

—Sí.

—¡Espléndido! El maldito... estaba moviéndose demasiado.

—Ya no se moverá más.

La voz bronca de su comunicante masculló algo que no comprendió y dijo:

—No le entiendo.

—Le hablé de otro asunto, ¿recuerda?

—Sí.

—Mañana noche, Hud.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer. Lo hará como con la otra, pero en este caso las cosas serán algo diferentes.

—Usted dijo que pagaría doble.

—Lo sé, no se preocupe. Ahora escuche...

La voz del teléfono desgranó una catarata de instrucciones, un raudal de palabras que no eran nada más ni nada menos que otra horrenda sentencia de muerte.

CAPÍTULO XI

Steve se levantó a tiempo de ver el rojizo resplandor del crepúsculo sobre el mar, quieto como una lámina de cristal.

Las largas horas de descanso habían devuelto buena parte de sus energías a su castigado cuerpo. Encendió un cigarrillo junto al ventanal. Llevaba sólo los pantalones del pijama y el aire tibio sobre su torso era como una caricia. No notaba ningún dolor en la herida.

Empezó a pensar en el caso. Era como una obsesión todo aquello. Lo que había ocurrido, todo lo que habían descubierto, y ni siquiera tenían la sombra de una idea sobre el asesino.

Expelió el humo. El mar se oscurecía por momentos y en esa hora mágica en que parecía que el mundo quedase suspendido de la nada, silencioso y quieto, experimentó una extraña sensación de soledad y desamparo.

Necesitaba un trago, eso era.

Estaba tratando de decidirse y apartarse del ventanal para ir en busca de la botella cuando llamaron a la puerta.

Suspiró, intrigado. Recordó que el revólver estaba vacío cuando lo empuñó. Ni siquiera recordaba donde estaba la caja de cartuchos.

Con la inútil arma en la mano se pegó a un lado de la puerta y gruñó:

—¿Quién está ahí?

—¿Steve?

Se relajó al oír la cantarina voz de Cissy. Abrió la puerta y la muchacha entró. Se quedó mirando el revólver antes de levantar los ojos y fijarlos en la cara demacrada del reportero.

—¿Quién creías que era, Jack el Destripador? —refunfuñó.

—Eres muy graciosa, encanto. Ya intentaron descuartizarme hace poco. Y anoche...

—Me enteré por los vecinos. Hubo un tiroteo y mataron a un hombre en la acera. ¿Qué tienes que ver tú con eso?

—Casi nada. El pobre tipo murió en mi lugar.

Cissy desorbitó sus hermosos ojos.

—¿Quieres decir...?

Su voz se ahogó.

—Ni más ni menos. El asesino creyó que era a mí a quien acribillaba. Así que ésa es la razón de que reciba a mis visitantes con el revólver por delante, aunque ni siquiera he vuelto a cargarlo. ¿Dónde estuviste todos estos días?

—¿Tú qué crees? Trabajando, naturalmente. Fotos de modas, un *spot* publicitario, más fotos de lencería... Acabé hecha unos zorros. Pero ya me he recuperado —terminó con una sonrisa.

—Entonces estarás en condiciones de meterte en la cocina.

—Y en la cama.

—Debes ser una ninfomaniaca o algo así. Estoy herido, hecho migas y tú quieres acabar de matarme. Está bien, pero a cambio de un balde de café.

Cissy dejó escapar un grito de contento y se fue disparada hacia la cocina.

Steve apuró los restos del cigarrillo. Al abandonar el revólver en la mesilla volvió a pensar en el paradero de la caja de proyectiles. Necesitaba cargarlo antes de salir a la calle.

Cissy regresó con el café y las tazas. Él se había hundido en el diván, delante de la ventana que ya se había oscurecido por completo. Reinaba una oscuridad relajante en la estancia.

—No me digas que has vuelto a dormirte...

—Pensaba.

—Ése es un hábito muy peligroso. En algunos lugares ahorcan a los pensadores.

—Trae el café y déjate de chistes. Huele a gloria...

—¿El café o mi piel?

—No estás lo bastante cerca para responderte a eso.

Sorbió el café sintiendo cómo le reanimaba. Ella se deslizó a su lado y ambos encendieron cigarrillos y fumaron en silencio, sumidos en penumbra.

Luego, la muchacha susurró:

—¿No te duele la herida?

—Ya no.

—Hubiera querido estar a tu lado cuando me enteré, pero en el hospital me dijeron que te habías escapado contra todas las órdenes de los médicos.

—¿Estuviste allí?

—Claro.

—Eres un ángel.

Ella sonrió en la oscuridad. Esperó a que él abandonara la taza y entonces, inclinándose, le rodeó el cuello con los brazos.

Sus labios quedaron a una pulgada de la boca del hombre.

—¿Sabes? —susurró—. No hago nada más que pensar en ti.

Él inclinó la cabeza y sus bocas chocaron. En los primeros instantes el beso fue casi doloroso, como si ambos quisieran herirse a mordiscos uno al otro. Luego el tibio contacto de las lenguas suavizó la caricia y permanecieron largo tiempo abrazados, besándose, llenándose de caricias y de deseo a medida que la llama que parecía quemar sus bocas crecía en intensidad hasta convertirse en incendio.

La muchacha se desprendió lo justo para poder quitarse las ropas. En la oscuridad, su cuerpo surgió como una aparición soberbiamente bella y misteriosa. Su piel semejava el reflejo del mar, y ante los asombrados ojos de él era como si desprendiera una luz propia que le atrajera con el vértigo de un abismo.

Cissy se había levantado al fin, erguida, majestuosamente hermosa. Sentado como estaba, Steve la abrazó hundiendo la cara en su cuerpo en una adoración muda y elocuente. La tibieza de aquella piel era como un bálsamo que calmara todas sus angustias y ansiedades. La besó una y otra vez sintiéndola estremecerse y vibrar en su boca.

Así hasta que ella se deslizó sobre él, en el diván.

Hubiera sido difícil saber quien poseyó a quien. Se amaron hasta la extenuación, hasta el límite de la razón y la cordura, como si ésa fuera la última noche del universo.

Y luego sólo quedó el silencio y la oscuridad.

* * *

La llamita del encendedor iluminó el rostro de la muchacha

cuando encendió un cigarrillo. Steve suspiró. Estaban relajados uno junto al otro, en el diván.

El rumor del mar, allá abajo, era lo único que turbaba el silencio.

De pronto, Cissy murmuró:

—Creo que me he enamorado de ti, búho.

—Si es cierto haces un mal negocio, nena.

—Eso deja que lo decida yo solita.

—Allá tú.

Volvió a reinar el silencio. Después, de nuevo fue la muchacha quien dijo:

—¿Te decides a confiar en mí, Steve?

—No sé de qué estás hablando.

—De la razón que te impulsó a beber de ese modo estúpido. Del motivo que te hizo huir de Los Ángeles y venir a establecerte aquí, donde tu talento de reportero se estropea en un periodicucho local de tres al cuarto...

—Pides demasiado de una sola vez.

—No soy tonta, querido. En los Ángeles hubieras sido uno de los mejores reporteros de choque que existen. Pero ¿qué eres aquí, en este lugarejo?

—Dímelo tú.

—Un amargado. Un resentido quizá... ¿Por qué, Steve?

—Sería una gran cosa que aprendieras a tener cerrada tu linda boquita, cariño.

—¿Por qué? Necesito saberlo de una vez. ¿Fue una mujer?

Él soltó un gruñido de impaciencia y disgusto. Ella esperó, en silencio ahora. Apuró el cigarrillo sin que él dijera una palabra. Después, de repente, gruñó:

—Tú ganas. Fue una mujer, aunque no es tan sencillo como parece.

—Lo imaginaba. ¿Qué pasó, te dio calabazas?

—Eso no hubiera tenido ninguna importancia. No, me dio todo lo que un hombre podía desear. Me hizo creer que yo era capaz de alcanzar las estrellas con la mano, y hubo instantes en que casi las alcancé. Era como una fiebre devoradora cuando la tenía en mis brazos, era... Era una maldita zorra que se sirvió de mí mientras me necesitó.

—Ya veo.

—No creo que puedas comprenderlo. En ocasiones ni yo mismo comprendo lo que pasó. Por ella yo deseaba superarme, alcanzar posición, dinero, influencias... Estaba a punto de terminar la carrera de abogado. Tenía propuestas para meterme en política y estaba llegando a círculos muy altos. Entonces todo terminó.

—¿Cómo?

Él se encogió de hombros.

—Encontró a otro que ya tenía todo eso y más. Alguien con posición y dinero, supongo.

Ni siquiera se despidió. Recogió sus cosas y desapareció como el humo.

—Y te derrumbaste.

—Supongo que yo no era tan duro como imaginaba... Sí, me derrumbé. Todo en los Ángeles me recordaba a ella. Cualquier lugar de los que frecuentaba lo había frecuentado con Rita. Era ella la que estaba en todas partes, acosándome, riéndose de mí. Bueno, me largué de allí y hasta ahora.

Cissy recostó la cabeza sobre el hombro de él. Los largos cabellos de la muchacha cosquillearon su piel desnuda.

Al cabo de un tiempo dijo con voz que era apenas un susurro:

—Yo te haré olvidarla, Steve. Puedo darte más de lo que ella te diera nunca. En tus brazos puedo convertirme en fiebre o en laxitud, en paz o exaltación. Sólo dependerá de ti que sea una cosa u otra.

—Debes estar loca.

—No me sorprendería nada.

Rió bajito, entre dientes. Un instante después estaban abrazados de nuevo y una vez más se iniciaba el ciclo del amor y del deseo, del fuego que devoraba de una vez por todas, la amargura y la soledad. Quizá no fuera sólo Cissy. Quizá los dos estuvieran un poco locos...

CAPÍTULO XII

Lucy salió del barrio sintiéndose plenamente satisfecha de sí misma. Había recorrido un largo camino hasta llegar casi a la meta de sus proyectos. Tenía razones para estar satisfecha.

El agua cosquilleaba su piel cuando se plantó delante del gran espejo. Sonrió a su imagen. Era una hermosa imagen aquel cuerpo prieto, de pechos altos y agresivos, cintura delicada y caderas firmes que coronaban la perfección de los muslos.

Un poco más de tiempo y suerte, ni más ni menos. Luego, podría retirarse a vivir como le gustaba. Podría elegir ella a los hombres que deseara, en lugar de...

Empezó a secarse con gestos voluptuosos. El roce de la toalla de baño le producía escalofríos de placer y se entretuvo un poco más que de costumbre en ese juego enervante.

Recordó de pronto y corrió a dar un vistazo al reloj. Apenas quedaba tiempo. Mientras cepillaba sus largos cabellos pensó en el hombre que estaba a punto de llegar. En los extraños vericuetos del sexo y de la vida, en los retorcidos instintos de algunos hombres...

Pero ello significaba dinero, así que estaba bien. Pronto podría mandarlos al infierno.

Se vistió las prendas íntimas, negras orladas de delicados encajes. Una debía estar a tono con cada circunstancia.

Volvió a examinar su imagen en el espejo. Luego, íntimamente satisfecha, se envolvió en un salto de cama más o menos transparente, de color verde y oro, y con un suspiro encendió un cigarrillo disponiéndose a esperar.

Había apurado la mitad del cigarrillo cuando el timbre sonó. Aplastó la colilla en un cenicero y, tras ahuecar un poco sus sedosos cabellos, abrió la puerta.

Peter Havilland se quedó mirándola con los ojos como rendijas. Se balanceó un poco sobre sus largas piernas y al fin entró, permitiendo que ella cerrara la puerta.

Lucy murmuró:

—Creí que vendrías antes, querido.

Dejó que él la estrujara entre sus brazos. La boca voraz e impaciente de hombre recorrió su garganta antes de hundirse entre sus labios.

Lucy se mantuvo pasiva y cuando él se apartó dijo:

—Tenemos tiempo, Peter, querido... todo el tiempo del mundo.

Peter trastabilló hacia una butaca, en la que se hundió como un náufrago en el mar. Lucy comprendió que él ya había bebido mucho. Eso le convenía.

La voz ronca y tartajeante del hijo del millonario barbotó:

—Veremos si... si eres tan buena en la cama como... como dijiste... ¿O no lo dijiste?

—¡Claro que lo dije! No puedes haberlo olvidado, Peter.

Él cabeceó. Hizo un gesto imperioso.

—¡Trae algo de beber, nena! Estoy seco.

—¿Seco? Debe ser un chiste o algo así...

Pero se apresuró a llenar medio vaso con el *whisky* de una botella que había esperado sobre la mesa. La única botella que había.

Él bebió glotonamente, cual si tuviera prisa por acabar de emborracharse. De nuevo sus ojos turbios recorrieron la hermosa figura de la mujer.

—Quítate todo eso... —Hizo un gesto como si espantara una mosca—. Esa cosa... quítatela...

Lucy se desprendió del salto de cama con un leve movimiento de hombros. Su cuerpo espléndido surgió ante los turbios ojos del beodo como una aparición. Un cuerpo perfecto, sólo cubierto por las dos delicadas y negras piezas de encaje.

—Al menos... al menos estás... estás... muy buena...

—¿De veras crees eso?

—Ajá. Veremos en... en la cama...

Su voz resultaba cada vez pastosa y vacilante. Lucy le observaba con ojos brillantes, pasándose lascivamente las manos por las caderas.

Él boqueó, como si quisiera hablar y no encontrase voz con que hacerlo. Sus ojos se abrieron de pronto, asombrados. Luego, los cerró y todo el fuerte corpachón fue doblándose poco a poco hacia adelante. Cuando se derrumbó de cara al suelo, Lucy soltó un gruñido de disgusto.

—¡Cerdo! —jadeó.

Recogió el salto de cama, se lo puso abrochándose el cinturón, y tras otra mirada de desprecio para el hombre derribado se dirigió al teléfono.

Esperó a oír la voz al otro extremo del hilo.

La voz gruñó:

—¿Quién?

—Lucy.

—¿Salió bien?

—Está durmiendo como un cerdo.

—Espero que no hayas puesto demasiado narcótico en el *whisky*.

—La dosis justa que tú me indicaste.

—Está bien, nena. Déjale dormir tranquilo hasta que venga alguien a buscarlo. Con eso habrás terminado tu parte.

—¿Y el dinero?

—El hombre que venga a sacar a ese borracho de ahí te lo traerá.

—Bien. Sólo espero que no tarde.

Colgó. No le gustaba mucho todo ese complicado enredo, pero era dinero fácil y en una buena cantidad, así que todo lo demás no importaba.

Encendió un cigarrillo tras otro y se dispuso a esperar.

Peter Havilland respiraba pesadamente bajo los efectos del poderoso somnífero. Tirado sobre la alfombra no parecía ni tan alto ni tan fuerte ante los ojos de la mujer.

—¡Basura! —refunfuñó Lucy en un momento determinado. Y remachó—: Nada más que basura.

Cuando sonó el timbre de la puerta dio un respingo. No habían tardado tanto como imaginara.

Abrió y se encontró ante un hombre de estatura mediana y hombros estrechos. Miró más allá del desconocido y exclamó:

—¿Viene usted solo?

Él entró con gesto resuelto. Lucy observó que llevaba un toco

vendaje bajo el sombrero.

—No hace falta nadie más —gruñó el hombre.

—¿No? Apuesto que usted sólo ni siquiera podrá moverlo. Es un tipo corpulento, ¿sabe?

—Veremos. ¿Dónde está?

—Por aquí, venga conmigo.

El hombre siguió a la muchacha. Sus ojos glaucos se perdieron en las sinuosas curvas del cuerpo femenino.

Luego, miraron con desprecio el cuerpo tumbado en el suelo, como si le disgustara profundamente.

Por primera vez, Lucy pudo ver al desconocido y sintió un extraño repeluzno de temor. Aquellos ojos no parecían siquiera estar vivos, y su tez, pálida y enfermiza, semejaba pergamino. Parecía cansado y profundos círculos oscuros rodeaban aquella mirada inquietante.

—Bueno, me dijeron que usted me traería el dinero...

Él siguió mirándola de aquel modo que daba grima.

—El dinero —murmuró—. Claro, su dinero.

—Eso es. Démelo y llévese esta basura de aquí. Quiero terminar de una vez con todo este lío.

El desconocido asintió, hundiendo una mano en el bolsillo. Cuando la sacó no era dinero lo que empuñaba, sino un corto y duro rompecabezas.

Lucy desorbitó los ojos.

—¿Qué se...?

Él volteó el brazo. El golpe en la cabeza de la mujer resonó sordo, siniestro. Lucy ni siquiera gritó. Cayó hecha un ovillo junto al cuerpo inanimado de Peter Havilland.

Sombrío, Hud se guardó la pequeña matraca. Después, sin prisas, comenzó a quitarse todas las ropas. Las dejó a un lado y de otro bolsillo extrajo un largo y afilado estilete.

Rechinaban los dientes cuando se inclinó sobre la desvanecida muchacha.

La desnudó a tirones. Se entretuvo en desgarrar las finísimas prendas y tras un instante de vacilación levantó el estilete y comenzó su trabajo.

Un trabajo que era una salvaje pesadilla de sangre.

Aunque para él, tendido sobre la mujer, la sangre tuviera el

dulce sabor del éxtasis.

CAPÍTULO XIII

Steve acercó una silla a la mesa y se quedó mirando al teniente McBain con el ceno fruncido.

—Bueno —dijo—, no parece un hombre feliz precisamente.

—Quizá se deba a que no lo soy.

—¿Y me has llamado sólo para llorar sobre mi hombro? Déjame decirte que tenía algo mucho más agradable entre manos que escuchar tus lamentaciones, Mac.

—¿Como qué?

—Una chica.

—Ya veo. Tu vecina, supongo.

Steve sonrió.

—¿Sabes una cosa? Por primera vez creo que eres realmente un buen polizonte. ¿Cómo lo averiguaste?

—Esa muchacha anduvo alborotando por el hospital, cuando tú ya te habías largado. Ella creía que nos negábamos a que te viera... armó un alboroto.

—Buena chica.

—Sólo que no te llamé porque estuviera aburrido. Tenemos un primer informe sobre el chófer.

—Ajá.

McBain revolvió unos papeles hasta encontrar el que buscaba. Le dio un vistazo y luego explicó:

—No hay nada serio contra él, pero sí fue detenido en dos ocasiones en San Francisco acusado de extorsión y amenazas. No se le probó nada y le dejaron en paz. Sin embargo, tratándose de alguien que tiene un empleo con una gente como los Havilland, esos antecedentes sí pueden tener un significado desfavorable.

—¿Qué clase de extorsión practicó?

McBain hizo una mueca.

—Recuerda que no pudieron probarle nada...

—Eso son sólo tecnicismos. ¿De qué se trataba?

—El truco de siempre. Una fulana engatusa a un primo, se lo lleva a su apartamento y en el momento crucial llega el novio, o el marido, y amenaza con armar un escándalo. Por regla general, el pardillo elegido está casado, tiene hijos, posición... Ya sabes. Paga y desaparece. Y a por otro.

—Clásico. ¿No detuvieron también a la fulana?

—Por supuesto —volvió a consultar los papeles y añadió—: Se llamaba Lucy Cope.

—¿Has pensado que todo esto es posible que no tenga nada que ver con lo que estamos buscando? Incluso aceptando que fuera cierto que la pareja se dedicara a la extorsión, eso es agua pasada. Ahora, Hal King tiene un empleo perfectamente honesto.

—Por supuesto que lo he pensado. Pero recuerda que fuiste tú quien me puso la mosca tras la oreja respecto a ese Adonis.

Steve encendió un cigarrillo. Como si hablara para sí mismo, murmuró:

—No hemos adelantado mucho a mi modo de ver. Ni siquiera tendríamos nada adquiriendo la seguridad de que King se acuesta con la señora Havilland. Si ella es tan espectacular como tú dijiste, lo extraño sería que no lo intentase aun a riesgo de jugarse el empleo.

—Es algo más que espectacular —suspiró McBain con ojos encandilados—. ¡Qué mujer! Ya quisiera yo...

Se interrumpió ante la irónica mirada del reportero.

Éste dijo:

—Recuerda que debes dar ejemplo de honestidad, Mac.

—Vete al demonio. Lo que iba a decir es...

El timbre del teléfono le interrumpió. Descolgó el auricular y gruñó:

—McBain al habla.

Escuchó unos instantes. Luego, Steve le vio ponerse rígido y una extrema palidez inundó su ceñudo rostro.

—¿Está seguro? —balbuceó—. Del nombre quiero decir.

Estuvo escuchando de nuevo. Se puso rojo y dejó escapar tal juramento que el periodista pegó un respingo, estupefacto.

Después ladró por el auricular:

—¡No dejen que nadie le vea! ¿Ha comprendido? Métenlo en la casa y que nadie se acerque ahí... ¡Nadie! —repitió a gritos, para añadir, excitado—: ¿Cuál es la dirección...? Voy para allá.

Colgó de golpe y por un instante siguió rígido, como si no pudiera mover un músculo.

Steve se impacientó.

—Bueno, ¿qué diablos te ha dado? —Gruñó.

—Peter Havilland...

—¿Qué?

—Ha despedazado a otra mujer.

Se levantó al fin. Ya estaba junto a la puerta cuando Steve atinó a levantarse de un brinco y corrió tras él.

Cuando ya rodaban por las desiertas calles a bordo del coche del policía, Steve Gray preguntó:

—¿Quién te llamó?

—El agente de un auto-patrulla. Parecía descompuesto y hablaba a borbotones. Espera a que lleguemos para saber exactamente lo sucedido.

—Havilland —murmuró Gray, absorto—. Le pregunté a alguien que le conoce bien si le creía capaz de matar a una mujer. Respondió que en uno de sus arrebatos alcohólico sexuales tal vez... Bueno, tenía razón.

—¿Quién era ese alguien tan inteligente?

—Stacy Mars.

—Ya veo... Mars debe conocerle a fondo. Havilland le deja una fortuna en sus mesas de juego. ¡Maldita sea! No lo entiendo. Un tipo que tiene cuanto puede ambicionar para vivir a lo grande, feliz y tranquilo... No puedo comprenderlo —repitió, sombrío.

Cuando llegaron ante la pequeña casa vieron el coche de la policía parado ante el reducido prado de césped. Un guardia de uniforme fumaba apoyado contra la carrocería. En la casa brillaban las luces. No había ningún curioso por los alrededores.

El guardia arrojó el cigarrillo al ver al teniente. Se enderezó sin mucha marcialidad.

McBain gruñó:

—¿Qué ha pasado, Towsend?

—Cuando lo vea no lo creerá, teniente..., es nauseabundo, una

pesadilla. Ese sucio hijo de puta...

—Siga con ese lenguaje y le ascenderán cuando camine con muletas. ¿Dónde está su compañero?

—Ahí dentro, vigilando a ese... ese engendro.

—¿Puede olvidarse de sus opiniones personales y contarnos lo que pasó? No creo que sea pedir demasiado, Townsend. ¿O sí?

El joven agente tragó saliva. Carraspeó y al fin dijo:

—Vimos las luces encendidas y la puerta abierta de par en par. Por eso nos detuvimos aquí, porque a pesar de la hora la puerta estaba abierta y las luces encendidas. Como no salió nadie en todo el tiempo, fuimos a dar un vistazo.

—¿Y...?

—Antes de que llegásemos a la puerta apareció el tipo. Desnudo como un gusano, teniente. ¿Se da cuenta? ¡Desnudo y cubierto de sangre! —Se estremeció—. ¡Condenación! Llevaba sangre hasta en los cabellos.

—Y estaba desnudo...

—Ya le digo, como un gusano.

—Continúe.

—Bueno, casi se echó a nuestros brazos, hipando y sollozando y gruñendo como un animal. Para mí que estaba loco de remate. No podía hablar, sólo barbotar sonidos ininteligibles, si entiende lo que quiero decir.

—Lo comprendo.

—Le metimos en la casa en volandas, aunque él pataleaba negándose a volver allí dentro. Y lo que vimos... toda aquella sangre, y trozos de piel... y la mujer...

Dio un respingo y apartándose a saltos fue a vomitar junto al seto.

McBain se estremeció.

Steve dijo:

—Como la otra.

—Bueno, vamos.

Entraron en la casa sintiendo el corazón golpeándoles en la garganta, seguros de lo que iban a ver.

Había un vestíbulo reducido, y más allá una estancia más grande, donde un guardia con la pistola en la mano vigilaba a Peter Havilland, que estaba sentado en una silla, encorvado sobre sí

mismo y envuelto en unas sábanas.

El guardia dijo, aliviado:

—Me alegro de verle, teniente. Ahí lo tiene, todo lo que lleva debajo de la sábana es sangre... sangre de la mujer.

—Tómelo con calma, Berger. ¿Qué es lo que han tocado?

—Nada, teniente. Ni siquiera le he permitido que recogiera algunas de sus ropas. La mayoría están tiradas por el suelo, en medio de la sangre.

—¿Dónde?

El policía señaló una puerta abierta con el cañón de la pistola.

—Allí... no quiero volver a verlo, teniente.

Steve se acercó al joven Havilland. Éste levantó el rostro y ambos se miraron. Havilland parecía un viejo y sus ojos eran los de un alucinado.

Incongruentemente, el millonario balbuceó:

—Quiero... quiero bañarme...

McBain rechinó los dientes.

—¡Con vitriolo! —dijo enfurecido.

Gray fue tras él hasta la otra puerta. Se detuvieron en el umbral. McBain ahogó las náuseas y se forzó a mirar aquel mar de sangre y despojos.

A su lado Steve jadeó:

—¡Dios, es mucho peor que la otra vez!

—Se ha superado a sí mismo. Sólo tienes que fijarte donde ha dejado hundido el cuchillo... ¡Maldita bestia!

Se volvió. Estaba lívido.

Steve aún siguió allí unos instantes, incrédulo ante lo que estaba viendo. Desbordado por el horror y las náuseas ni siquiera pensó en utilizar su diminuta cámara fotográfica.

Al fin retrocedió. Vio a McBain parado, rígido, delante de Havilland. De un zarpazo le arrancó la sábana y el joven casi se derrumbó fuera de la silla.

Tal como dijeran los guardias, estaba desnudo por completo. Sobre su piel tostada por el sol había tanta sangre que más parecía haberse bañado en ella.

Con un gesto de repugnancia, McBain se echó atrás y gruñó:

—¡Llévenselo de aquí! Enciérrenlo y que la noticia no trascienda. ¿Entiende, Berger?

—Seguro, teniente.

—Incomunicado. Que alguien le busque algunas ropas cuando lleguen a jefatura.

—Bien...

—Llamen al forense desde el coche y avisen a los peritos, pero no mencionen de qué se trata tampoco. No quiero ninguna publicidad. ¡Absolutamente ninguna!

El agente asintió. Volvió a echar la sábana sobre los hombros del detenido y a empujones se lo llevó hacia la calle.

Steve gruñó:

—Esto va a ser el escándalo más grande de toda la historia del condado...

—Otro éxito para ti si sabes explotarlo. Pero sospecho que no van a permitírtelo... No esta gente.

—Veremos.

McBain comenzó a examinar a su alrededor. En un estante había una fotografía de una mujer extraordinariamente bella.

—Si era ella, ese engendro supo elegir —gruñó.

Gray le dio un vistazo y asintió.

—Seguro. Tiene gustos refinados el angelito...

—Habrá que averiguar quién era, y si tiene familia... Toda una papeleta.

Steve entró en otro cuarto tras encender la luz. Vio una habitación reducida, con una cama, una cómoda con bastante polvo encima y un par de sillones. Abrió los cajones de la cómoda y dio un vistazo a algunos papeles que había en uno de ellos.

De repente se quedó rígido.

—¡McBain! —gritó.

—¿Qué pasa? ¡Espera un minuto, tipo listo! No te permitiré que andes revolviendo por ahí. No quiero líos.

—¡Cierra el pico! ¿Cómo dijiste que se llamaba la fulana que trabajó con King en San Francisco?

—¿Qué?

—El gancho en el asunto de la extorsión.

—Cope o algo así... Lucy Cope. ¿Por qué?

El periodista suspiró.

—O mucho me equivoco, o Lucy Cope es quien está ahí hecha pedazos. Mira esos documentos.

McBain boqueó, incapaz de hablar. Tomó los documentos y asintió con un gesto.

—Es ella —jadeó al fin.

—Me parece que es ahora cuando debes empezar a preocuparte de veras, Mac.

Sombrío, el policía replicó:

—Te aseguro que alguien más va a tener que preocuparse.

Dio media vuelta y se fue disparado hacia el teléfono.

CAPÍTULO XIV

El ama de llaves le franqueó la entrada. La mujer les miraba con reproche por haber invadido la casa a horas tan intempestivas.

McBain dijo:

—El señor Havilland nos está esperando.

—En el salón... pero a estas horas no deberían importunar a la gente decente, señor.

—¿Cree que a nosotros no nos gustaría estar durmiendo tranquilamente?

Sin una réplica, la mujer les guió hasta el saloncito que ya conocían. El anciano Havilland irguió la cabeza y exclamó:

—Estaba impaciente desde que me llamó por teléfono, teniente. ¿Qué es lo que sucede?

—Nada agradable, por supuesto. ¿Está toda su familia en casa, señor Havilland?

—Mi hija regresó hace poco. En cuanto a Peter nunca sé cuando está aquí o fuera.

—Ya sabemos dónde está su hijo. ¿Y el chófer?

—¿Hal? Bueno, supongo que sí... ¿Por qué?

—Llámelo, por favor.

Tras una vacilación, el viejo millonario ordenó al ama de llaves que avisara al chófer.

Luego añadió dirigiéndose a McBain:

—Me gustaría saber qué está sucediendo. Creo que tengo derecho a ello, teniente.

—Lo sabrá cuando hablemos con Hal King. ¿Desde cuándo está a su servicio?

—No lo sé exactamente, debe hacer un año poco más o menos. Fue mi esposa quien le contrató, yo no me ocupé de estos detalles.

Steve gruñó:

—Me gustaría saber qué clase de referencias aportó para que le dieran el empleo.

McBain le hizo callar con un gesto. Reinó un largo silencio. El anciano no se atrevía a seguir haciendo preguntas, quizá porque intuía que todo lo que pudieran responderle fuera desagradable.

De pronto, McBain se enderezó. Con voz apenas audible ordenó:

—No se muevan.

Moviéndose con cautela para no hacer ningún ruido, se deslizó hasta la puerta y la abrió de un tirón.

La mujer que estaba al otro lado no logró apartarse a tiempo. Era indudable que había estado escuchando pegada a la madera.

—Entre —rezongó el policía—. Lo oiré mejor aquí dentro.

Havilland exclamó:

—¡Jeannie!

Con un esfuerzo, ella logró adoptar una actitud digna y entró erguida, altiva y despectiva.

—Me disponía a entrar cuando usted...

Su voz se ahogó de pronto con una nota extraña, aguda. Dio la impresión de que sufría un súbito ataque de parálisis. Sus ojos desorbitados estaban fijos en la cara de Steve Gray.

También el reportero se había quedado tenso y mudo. Su rostro parecía una máscara tensa y lívida.

McBain paseó la mirada de uno a la otra y refunfuñó:

—Bueno, ¿qué te pasa a ti, Steve?

Éste balbuceó:

—¡Rita...!

Havilland no entendía nada y McBain menos. Con voz impaciente gruñó:

—¿La conocías, Steve?

—Sí, pero no como señora Havilland. ¡Cristo! ¿Cómo podía imaginarlo, Rita?

—Aclárame eso.

La llegada del apuesto chófer impidió que Steve respondiera. Hal King era realmente todo un tipo. Alto, atlético y bien parecido, daba la impresión de haber escapado de una película de Hollywood.

El anciano murmuró:

—Quizá ahora aclare usted qué está sucediendo en mi propia

casa, teniente.

—Sin duda, señor. ¿Usted es Hal King?
El chófer asintió. No parecía preocupado.

McBain le soltó:

—Su amiga Lucy Cope está muerta. Hecha pedazos lo mismo que la sirvienta que mataron aquí.

Por un instante el rostro del chófer se contrajo en una mueca. Después dijo:

—Lo siento, señor. No sé de quién está hablando. No conozco a nadie de ese nombre.

—¿De veras cree poder sostener eso? Usted y esa Lucy Cope estaban asociados en San Francisco en un negocio de extorsión. Fueron detenidos dos veces. ¿Aún niega que la conocía?

No hubo respuesta.

Después, King decidió cambiar de actitud. Sus ojos chispearon, desafiantes.

—Si piensa endosarme esa muerte, polizonte, más vale que vaya cambiando de idea. No he salido de esta casa en toda la noche.

Desde donde estaba, Steve rezongó:

—Ya suponemos que no hace los trabajos sucios personalmente, King.

Éste se volvió en redondo. Quedó rígido al descubrir al periodista. El color huyó de su cara como si alguien pasara por ella una mano de pintura blanca.

—¡Gray! —jadeó.

Steve enarcó las cejas.

—¿De qué se asombra? No soy ningún aparecido.

—Quizá él creía que estabas muerto.

La voz de McBain sonó sarcástica. Pero después cambió cuando dijo:

—Voy a detenerle acusado de conspiración para matar, King. Y si no aparece el tipo del cuchillo le cargaré directamente estas muertes, porque en realidad es como si las hubiera cometido usted. No saldrá a la calle en el resto de sus días. Aquí no estamos en San Francisco y los jurados le pondrán donde debe estar.

Por primera vez, la seguridad de King pareció vacilar.

—No tiene nada contra mí, ni una maldita prueba...

—Las fabricaré si es necesario. De cualquier modo que vayan las

cosas usted está acabado, listo, King.

—¡No he matado a nadie! —gritó—. Cuando murió Katherine yo estaba en San Diego, con la señora Havilland. Y esta noche...

Steve le interrumpió con voz sombría.

—No estaban ustedes en San Diego, King.

—¿Qué?

—Ya habían emprendido el viaje de regreso. Sólo que les llevó tres días recorrer una distancia de cien millas.

El silencio que siguió hubiera podido cortarse con un cuchillo.

McBain paseaba su mirada por todos aquellos rostros lívidos y tensos.

Con voz suave propuso:

—¿Por qué no confiesa usted, King, y nos ahorraremos un montón de molestias? Sabe que esta vez no tiene escapatoria.

El viejo Havilland barbotó:

—¿Dónde estuvieron esos tres días, teniente? Usted debe saberle... y se trata de mi mujer. ¿Dónde pasaron todo ese tiempo?

En la puerta de la salita, una voz aguda, seca, exclamó:

—¡Revolcándose en la cama de cualquier motel! ¿Es que todavía no lo has entendido, papá?

Se volvieron en redondo, y allí estaba la hija del millonario. Sus hermosos ojos despedían chispas de ira.

Con la misma agresividad, añadió:

—La policía debe haberlo descubierto. Ahora tendrás las pruebas suficientes para creer lo que estaba más claro que la luz...

McBain sacudió la cabeza.

—Aunque de un modo demasiado gráfico, creemos que eso fue lo que sucedió, señor. Ahora queda por saber si las relaciones de su esposa con el chófer se limitan a esos encuentros íntimos, o llegan hasta la conspiración cuyo resultado han sido las muertes de esas mujeres... y el robo de la caja fuerte. Además de implicar a su hijo en los crímenes, cosa que estuvieron a punto de conseguir.

—¿Peter?

—¿Qué le ha pasado a mi hermano?

—Tómelo con calma. Está al cuidado de los médicos, en el hospital. Van a realizar unos análisis porque sospechamos que fue narcotizado. Al menos, eso se desprende de sus declaraciones, aunque apenas si ha podido hablar bajo los efectos de un profundo

shock emocional. ¿Qué decide usted, King, habla de una vez o habremos de perder más tiempo?

—Maldito si tengo nada que decir.

McBain suspiró.

Tras él, Steve murmuró dirigiéndose a la hermosa mujer que en otro tiempo fuera todo su horizonte:

—Me pregunto cómo pude estar tan ciego, Rita. Y cómo has podido llegar tan lejos en tu codicia, aunque eso no debería asombrarme ahora sabiendo la ciega ambición que siempre alentaste.

El teniente gruñó:

—Olvidalo, esos asuntos personales no tienen cabida en este caso. Vamos a tener que hacer las cosas por el camino difícil. Usted, King, queda arrestado. Y usted, señora, no abandonará esta casa hasta aclarar por completo todas las implicaciones del robo y los crímenes. No le ocultaré que es sospechosa de complicidad con este hombre.

—¡Le demandaré! Haré que nuestros abogados...

—Aún no he terminado —la atajó McBain de mal talante y añadió—: Estamos seguros que el chófer está mezclado en algún modo en los asesinatos de esas mujeres. Pero si se detiene a pensarlo, él no ganaba nada con eso. No ganaba nada haciendo que Peter Havilland apareciera como culpable.

Y le aseguro, señora, que ha estado a punto de cargar con el mochuelo. Pero entre Steve Gray y yo hemos elaborado algunas teorías esta noche.

—¡No me importan sus calenturientas teorías!

Steve dijo:

—Más vale que sigas escuchándole, Rita, y Dios es testigo de que hubiera preferido perder una mano a encontrarte metida en algo tan sucio.

—¡Es el despecho lo que te hace hablar así!

—Ahí te equivocas, pero no importa. Escucha al teniente y te darás cuenta de lo difícil de tu posición.

McBain carraspeó antes de proseguir:

—Como dije antes, King no ganaba nada haciendo que el joven Havilland fuera condenado por los asesinatos salvajes y brutales de esas dos mujeres. Pero a nosotros se nos ha ocurrido pensar que tal

vez la idea fuera mucho más compleja. Por ejemplo, King cuida de todos los coches de esta casa. Es muy difícil sabotear un auto tan rápido como el de la señorita Havilland, ese deportivo rojo. Un accidente y...

El anciano contuvo el aliento, pero no habló. Ahora reinaba un silencio casi religioso en el salón.

—Dos golpes tan duros —siguió el policía—, hubieran podido minar el ánimo del señor Havilland muy gravemente. Es un anciano frágil y con la salud delicada. Bueno, Todo eso hubiera podido suceder con suma facilidad, pero Hal King seguía sin ganar nada con ello. Es sólo el chófer de la familia.

King barbotó:

—Ahí tiene. ¿Por qué habría de arriesgarme si no ganaba un centavo?

—Usted no ganaba nada... directamente. Pero la señora Havilland heredaría una inmensa fortuna.

Nadie dijo una palabra. Pareció que el silencio se volvía tan sólido como una roca. King había quedado mucho más pálido que antes, y la señora Havilland tenía el rostro crispado, terroso.

Al fin reaccionó. Encarándose con su marido barbotó:

—¿Cómo les permites hacer estas acusaciones monstruosas, querido? ¡Llama a nuestros abogados y que le echen de aquí!

El anciano no replicó. Sus ojos desorbitados estaban fijos en el teniente igual que fascinado.

Steve dijo suavemente:

—Ella heredaría. Y usted con ella, King. ¿Es así como lo habían planeado?

—¡Muérase!

Steve se encogió de hombros.

Antes de que alguien hablara, el agente Berger apareció en la puerta. Carraspeó para llamar la atención y McBain gruñó:

—¿Encontraron algo?

—Nada, teniente. Bueno, esta libreta de direcciones y teléfonos tan sólo.

La mostró. King soltó un rugido.

—¡Han registrado mis cosas! —exclamó.

—Naturalmente. Por si le interesa saberlo, tenemos autorización judicial para hacerlo. Veamos esa libreta, Berger.

Tras unos instantes levantó la mirada.

—Un trabajo del demonio —rezongó—, habrá que comprobar todos los teléfonos uno por uno a ver a quién corresponden. Póngale las esposas a este hombre, Berger, y llévelo al coche.

Berger desprendió los grilletes de su cinturón y avanzó. Por un instante, los ojos de King giraron en todas direcciones sintiéndose acorralado.

Inesperadamente, dio un salto atrás apartándose del policía. En su mano apareció una pistola y todos quedaron rígidos, expectantes.

—¡Les mataré! —rugió—. ¡Mataré al primero que se mueva!

McBain suspiró.

—Está complicándolo mucho, King. No tiene ni una oportunidad.

—¡Eso cree usted!

Steve había quedado a un lado. Su rostro cetrino no expresaba nada. Se metió las manos en los bolsillos y esperó.

—¡Deme esa libreta, polizonte!

La voz de King era aguda, casi histérica.

—¿Por qué, qué hay en ella, King?

—¡Déjela sobre esa mesa, pronto!

—Está bien, no se ponga nervioso.

—Si intenta sacar su revólver le mato.

—Me gusta vivir, así que no pierda los estribos.

Con forzada calma, McBain depositó la pequeña libreta sobre la mesa indicada.

Steve sacó las manos de los bolsillos y en la derecha empuñaba su revólver. Levantándolo dijo:

—Le estoy apuntando con un «38», King. O dispara usted o lo hago yo, así que decídase, y pronto.

Por el rabillo del ojo, el chófer descubrió que era cierto.

Miró desesperado a la señora Havilland. Steve le apremió:

—¡Voy a pegarle un tiro, King, a menos que suelte la pistola!

McBain rugió:

—¿Estás loco? ¡Dispara de una vez!

King abrió los dedos y dejó caer la pistola al suelo.

De un salto, McBain estuvo allí y la recogió. Al erguirse con el arma en la mano volteó el brazo y estrelló la pistola contra la cara de King.

El chófer cayó hecho un ovillo.

—¡Lléveselo, Berger! —Gruñó—. Y no necesita tratarlo con delicadezas.

—Muy bien, teniente.

En un instante King tuvo las manos esposadas a la espalda. Berger le empujó hacia la salida.

Steve se recostó contra la mesa. Las piernas se le habían aflojado y parecía a punto de desmayarse. McBain indagó, intrigado:

—¿Qué te pasa a ti? Has salvado la situación y ahora pareces lamentarlo.

—¡Maldita sea! El revólver... estaba descargado. No tenía ni una bala.

—¿Qué?

—Lo llevé conmigo a tu despacho para pedirte cartuchos. Lo olvidé con todo el embrollo.

McBain estaba sudando de angustia. Con voz ahogada barbotó:

—¡Que me ahorquen! Descargado...

La voz de Berger tronó en la puerta.

—¡Vamos, sigue caminando, basura!

King se resistía a salir. Gritó:

—¡No me cargarán a mí solo este paquete!

La señora Havilland se volvió en redondo. No tuvo tiempo de hablar, porque el chófer siguió gritando:

—¡Usted acertó en casi todo, polizante! Ella lo planeó conmigo...

—Continúe.

—¿Es que no lo entiende? Debía suceder como usted ha imaginado... Tuvimos que recurrir a un ladrón de cajas fuertes porque necesitábamos dinero para pagar al hombre del cuchillo... El maldito viejo apenas le daba dinero a su mujer...

—¿Y la sirvienta?

—Descubrió que Jeannie y yo nos acostábamos. Lo sabía. Entonces lo planeamos de ese modo para que cuando llegara el momento también eso le fuera cargado a Peter Havilland.

—Ya veo.

—El maldito borracho... lo tenía todo y no era mejor que yo. Un degenerado.

—¿Está dispuesto a firmar una declaración? Recuerde que aquí

hay varios testigos que le han oído.

—Firmaré si me garantiza interceder en mi favor ante el fiscal.

—Puedo intentarlo.

Jeannie Havilland barbotó:

—¡Sucio cobarde!

King la miró un instante. Después dio media vuelta y dejó que Berger le empujara fuera de la salita.

Steve murmuró:

—Creo que me iré, Mac. No tengo nada que hacer aquí.

McBain dio una mala mirada a la mujer. Luego, volviéndose hacia su amigo, dijo:

—De acuerdo. Yo en tu lugar iría en busca de una botella... y de tu vecina. Creo que necesitas las dos cosas tanto como el aire que respiras. Ya nos veremos en mi despacho a cualquier hora.

Steve se detuvo en su camino a la puerta. Clavó la mirada en aquella mujer que ahora no parecía siquiera tan hermosa y susurró:

—Adiós, Rita. ¿O tu nombre auténtico es Jeannie?

No esperó la respuesta. Salió sintiéndose viejo de mil años. Luego, una vez en el jardín, aspiró profundamente el aire quieto de la noche. Pensó en Cissy y en su boca ardiente y voraz y apresuró el paso. De cualquier modo, acababa de librarse de los viejos fantasmas, de la pesadilla.

Del pasado ya no quedaba nada.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas)(para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron(en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.